

HISTORIA NATURAL.



25 de noviembre de 1846.

El Pongo.

TOMO IV

31

EL PONGO.

La singular familia de los monos, comprendida bajo el nombre de ORANGS, se compone de cinco clases, de las cuales dos están perfectamente determinadas; á saber, el *gibon negro* y el *gibon ceniciento*; el *gibon chico* de Dabenton que apenas se conoce, y por último el *pongo* y el *jocko* de Buffon.

¿Cuál, pues, de estos dos es el animal que conocemos con el nombre de orangutan y cuál el pongo? He aquí una cuestión dificultosa, la que sin embargo procuraremos desenvolver.

En el día no se encuentran orangs, ú *hombres salvajes*, sino en dos climas, bien distantes por cierto el uno del otro, es decir, en el Asia Oriental y en el mediodía del Africa.

El viajero Batel afirma que hay dos clases de grandes monos en la Guinea, la una que supera la estatura del hombre y que los negros llaman *pongo*, y la otra algo mas pequeña y á la que los mismos llaman *enjocko*. Con estos antecedentes ha establecido Buffon, aunque con alguna duda, sus dos clases de monos denominados *pongo* y *jocko*; pero se sabe positivamente en el día, que no existe en Africa mas que una clase de grandes monos, el chimpansé de Cuvier, el *simia troglodytes* de Linneo, al que Audubert denomina *pongo*. También es conocido en su país con el nombre de *barris*.

He aquí, pues, las dos clases de orangs de Buffon reducidas á una, de la que el *jocko* será el joven, antes de su desarrollo. Se creará por lo tanto, que el *pongo* es lo mismo que el chimpansé, como parece natural, pero sin embargo, es bien diferente. Los naturalistas anteriores y posteriores á Buffon han confundido lo mismo que él, al chimpansé con los orangs de Asia; y siendo estos mucho mas conocidos en Europa, de ellos han tomado la descripción y la historia del *pongo*.

En mi mano está el escoger la aplicación que quiera dar á este nombre, ya me refiera al país que habita el animal, ó á la opinión errónea, pero sancionada por el uso, de que se han servido los naturalistas. Para conformarme con la opinión admitida, trataré de buscar al *pongo* entre los orangs de Asia, y á fin de poder hacer mejor nuestras investigaciones, daremos una señal que caracteriza perfectamente á estos animales y los distingue del chimpansé. Los orangs de Africa tienen las orejas mucho mayores que las del hombre, y los de Asia, por el contrario, mucho mas pequeñas.

El mismo error que hemos notado en Africa, lo observamos también en Asia respecto á los escritores que han copiado á Buffon; allí no hay tampoco, sino una especie de gran mono, que es el *orangutan*; á el cual le han dejado su nombre, durante su juventud, pero despues que ha llegado á una grande estatura, le dan el nombre de *pongo*.

—Ahora sabemos que el *pongo* no es otro que un viejo orangutan, y solo nos resta describir su historia, que es muy singular entre los animales y es como sigue:

Entre los seres dotados de instinto ó de inteligencia, esta es comparativamente muy débil en la primera edad; se desenvuelve progresivamente, y no tiene toda su energía hasta el fin del primer tercio de la vida. Se sostiene en seguida hasta la decrepitud y aun hasta la muerte en los animales salvajes; en el orangutan varia en todo.

En su juventud, tiene la frente saliente, prominente, y la cabeza redonda como la del hombre. En esta época es dulce, quieto, reflexivo, si me es permitido servirme de esta espresion, y parece del todo incapaz de la petulancia y de la ferocidad que tienen otra caterva de

monos; se inclina á aquellos que le acarician y le alimentan, y sin que su inteligencia esceda mucho á la de un perro, es susceptible de cierta educacion. Schoutten, hablando de estos animales, dice que cuando se les coge jóvenes, se les domestica facilmente; que se les enseña á caminar en dos pies y á servirse de sus manos para hacer ciertas obras, y aun el servicio doméstico, como lavar vasos, servir el agua, dar vuelta al asado, etc. El viajero francés Leguat, dice mucho mas, y habla como testigo ocular: «He visto en Java, dice, un mono extraordinario. Era hembra, de grande estatura y caminaba con frecuencia muy derecha sobre sus patas, entonces ocultaba con una de sus manos el punto de su cuerpo que daba á conocer su sexo. No tenía en su cara, otro pelo que el de las cejas, y se asemejaba en general á las caras grotescas de las mugeres hotentotas que he visto en el Cabo. Hacia todos los dias su cama con toda propiedad, se acostaba con la cabeza sobre una almohada, y se tapaba con una colcha. Cuando estaba mala de la cabeza, hacia uso de un pañuelo, y causaba un placer verla abrigada en su lecho. Bien podria referir de ella otras muchas cosas que parecen estremadamente singulares.»

Todos vieron en París el orangutan muerto á principios del año 1857 en el Jardin de Plantas; su carácter era dulce, pero se atribuia cierta inteligencia, á algunos actos propios solamente mas de su conformacion, analoga á la del hombre. En una palabra no era otra cosa que un perro bien enseñado, con cabeza, pies y manos de orang, y cuyas menores acciones eran mucho mas inteligentes.

Cuando el orangutan es adulto, es decir, cuando llega á *pongo*, se obra en él una metamórfosis estraña de la que los naturalistas no han hablado. Su ángulo facial, que estaba abierto, casi tanto como el del hombre, á 70 grados, se cierra y se ve reducido á 60; su frente se retira hácia atrás, como las de los idiotas llamados cretinos, su cabeza se alarga hácia su parte superior y se estrecha considerablemente, su cara se alarga prodigiosamente á causa de las dos gruesas protuberancias que se desarrollan entre los ojos y las orejas, desde las sienas, hasta la base de las quijadas; su hocico se alarga, y por último es enteramente semejante á la figura que representamos, la que hemos hecho copiar exactamente, del natural en el gabinete de historia.

La inteligencia del animal, experimenta la misma revolucion que su cerebro y de esto nacen las contradicciones aparentes de los viajeros. Veian los jóvenes orangs cautivos llenos de dulzura y gentileza; encontraban en los bosques, bajo los nombres de *fefe*, *kuukrlacko*, *hombre nocturno* ú *de los bosques* &c, un animal muy feroz, muy grande, sin cesar ocupado en cazar animales mas débiles que él, alimentándose no solo de frutas, sino tambien de la carne de los pájaros que sorprenden de noche en los árboles; persiguiendo á las mugeres y derribando á los hombres á pedradas ó á palos; en una palabra, tan temible como feroz. No han querido reconocer en este animal, terror de los habitantes, al mismo mono que el orang, y en consecuencia su relacion ha aumentado la confusion que existia en su historia, por que ya se le confundia con la del chimpansé, que tiene una inteligencia bien superior á la suya, y que lejos de disminuirse aumenta, al contrario, con la edad.

1.º en su juventud ambos se parecen mucho por la dulzura, la gravedad y la forma general de la cabeza, escepto en las orejas; pero ya el chimpansé manifiesta una gran superioridad de inteligencia, y rie como el hombre, cosa que no hace el orang, ni ningun otro animal; el chimpansé no solo se familiariza, en la casa donde se le cria, sino que es útil, haciendo todos los servicios de que es capaz. Va á buscar agua á la fuente, leña para el fuego, cuida del asador &c, marcha siempre derecho; se sienta á la mesa y se sirve de los platos, de la cuchara, del tenedor y del cuchillo; se limpia los labios con una servilleta; se lava las ma-

nos, se acuesta en la cama, dá la mano á las personas que van á verle, y los acompaña con gravedad hasta la puerta cuando se marchan. Cuando está enfermo, recibe y comprende la visita del médico. Se ha visto una hembra que fué sangrada en una fluxion del pecho, conocer al médico; y en otra enfermedad, alargar el brazo antes que se le mandase, y mostrarle con el dedo, el sitio donde era preciso abrirle la vena por segunda vez. El orangutan, es incapaz de todas estas acciones por decirlo así, meditadas.

2.º Cuando son adultos y están en los bosques, son dos animales en todo diferentes. El pongo, es esencialmente saltador y no vive sino sobre los árboles; no sabe caminar ni en dos ni en cuatro pies, pues colocan las manos no de lleno como todos los demás monos que andan, sino sobre la orilla exterior de la palma de la mano, y pone los dedos medio cerrados. Yo me he cerciorado de esto, por el que existía en el Jardín de Plantas, y esta observación no se ha escapado al hábil dibujante, encargado de pintarle. El pongo vive lo mismo que otros monos, en su selva y solo su forma semejante á la del hombre, le distingue de los demás animales salvajes.

El chimpancé camina derecho, apoyándose en un palo, sabe construirse una cabaña de ramas, defenderse á pedradas y mazadas de los ataques de los negros. Se entienden perfectamente entre sí, para pelear, y cazar fuera de su territorio, los elefantes que lo invaden. Si alguno está herido, los otros saben extraerle la bala ó el hierro de las flechas de la llaga, la que curan con yerbas masticadas y cubren despues con cortezas de árboles. No dejan sus muertos que se corrompan, pues los tapan con una gran cantidad de hojas de ramas y de piedras. Se albergan con su hembra en una gruta ó en el hueco de una roca, por lo que se les ha dado el nombre de *simia trogloditas* que les ha dado Lineo; pero ellos se construyen por lo comun, una cabaña de hojas, formando de este modo una especie de pueblecitos, donde viven en sociedad. Persiguen como los pongos, á las negras, pero no es tanto por satisfacer, segun se cree sus pasiones brutales, cuanto por tener una sociedad que les agrade; la prueba de esto, es que roban los negritos que llevan á sus selvas, los que conservan sin otro objeto que el de tenerlos en su compañía. El viagero Battel, nos dice que un negrito de su séquito, fué robado por los chimpancés y vivió doce ó trece meses con ellos, volviendo muy contento y gordo, y alabando el trato de sus rap-

tores; otro viagero, Mr. de la Brosse, dice haber conocido en Lowango, una negra, que habia vivido tres años entre ellos en los bosques, donde la habian tenido en una casa de hojas.

Ciertamente el pongo, no es capaz de acciones que se parezcan á las de la especie humana, por ser un animal que carece de razon.

Sea de esto lo que fuese, parece que los orangs ya chimpancé, ó ya utan, eran mucho mas numerosos y estaban mas esparcidos que hoy.

Strabon (*lib. XV, tomo II pag. 1025*), cuenta que el primer conquistador de Asia, Alejandro el Grande, encontró en las Indias un crecido número de orangutans (que el autor llama cercopiteque); mandó hacer alto á su ejército, y marchar á toda prisa á su falange macedonia, creyendo era un ejército enemigo dispuesto á atacarle, pero el rey Taxilo le sacó de su error, haciéndole ver que eran monos atraídos por la curiosidad sobre las colinas.

Trescientos treinta y seis años antes de nuestra era, los cartagineses, mandados por Hannon habian realmente atacado unos chimpancés en una isla del Africa occidental; se observó que estos animales no hicieron frente á campo raso á sus adversarios, y que solo se pusieron con precipitacion, en salvo sobre unas rocas, donde se defendieron con tanto valor á pedradas que los cartagineses no pudieron hacer prisioneros sino tres hembras; estas se defendieron con tal encarnizamiento de sus vencedores, que se vieron obligados á matarlas. Hannon que las tomó por mugeres salvajes y velludas, las hizo desollar y mandó sus pieles á Cartago, donde fueron depositadas en el templo de Juno.

Se conservaron estos despojos con el mayor cuidado, y despues de dos siglos, se les encontró aun enteros, cuando la toma de aquella ciudad por los romanos (*Hannonis Periphus, pag. 77, Hage 1674*).

Por lo demás solo se debe á la existencia de los orangs, los cuentos maravillosos que los antiguos nos han dejado, acerca de los sátiros, los faunos y otros semidioses de las selvas. San Agustin dice haber visto en Roma, la piel de un sátiro, y segun lo que llevamos dicho es fácil conocer que no era otra cosa sino la piel de un orang.

BOITARD.

GLORIAS DE ESPAÑA.

DOÑA BLANCA DE CASTILLA.

I.



na embajada francesa en la que figuraban los mas ilustres barones y mas poderosos señores del reino, presididos por el condestable Mateo de Montmorency, llegó en el año de 1200 á la corte del rey don Alfonso el octavo de Castilla. El principal ornamento de la corte le formaban entonces las dos jóvenes princesas, doña Urraca y doña Blanca, hijas del rey don Alfonso, pues doña Berenguela, la mayor de las tres hermanas, ya estaba casada con

el rey de Leon. El objeto de los franceses no era otro mas que el de pedir y llevarse para esposa de su monarca, á una de las dos jóvenes princesas, cuya hermosura, discrecion y relevantes prendas tenia bien divulgadas la fama por el vecino reino. Habia ademas poderosas razones de estado que aconsejaban este enlace. El rey Felipe Augusto, cuyos triunfos corrían parejas con su ambicion, buscaba entre todas las princesas de Europa una digna compañera para su hijo Luis VIII, á quien amaba en extremo, por ser el único fruto de su enlace con Isabel de Hainaut, tan tiernamente amada, como prematuramente perdida. Trató primero de casarle con Eleonora de Inglaterra, hermana de Artur de Bretaña, mas habiéndose roto las negociaciones entabladas con dicho objeto, se renovó la animosidad entre Juan Sin-tierra y Felipe Augusto, y los dos hermanos ingleses pudieron ya sospechar la suerte que les estaba reservada. Al fin Juan de Inglaterra y Felipe Augusto de Francia se convinieron en poner término á las hostilidades, con tal que Luis VIII se ca-

sase con una de las hijas del rey de Castilla, de modo que estas princesas, aun antes de su enlace, ya eran prenda segura de la paz entre dos tan poderosos estados de Europa.

Cuando el condestable de Montmorency y los señores de su séquito fueron presentados ante el sólio régio en que se ostentaba Alfonso VIII, acompañado de sus dos hijas, asombrados se quedaron, mas que de la grandeza de la corte castellana, con el aspecto de las dos jóvenes princesas que habian de ser objeto de su eleccion. Las dos eran ángeles de hermosura, y si en la una predominaba aquel ademan de altivez que tan bien se aviene con la magestad, habia en la otra un aire de modestia, una espresion de bondad inalterable, que la hacian mil veces mas encantadora. Dudosos estuvieron los franceses en decidirse por una de las doncellas: las dos tenian reputacion de virtuosas y discretas, las dos eran bellas y magestuosas, y al fin hubieron de decidirse por la menor, por Blanca, que apenas contaba catorce años, protestando

que no lo hacian por que fuese de mayor perfeccion que su hermana, sino porque así convenia como mas proporcionada á la edad de su rey, y porque este nombre, Blanca, era mas suave y familiar á la lengua francesa, en la que no hacia buena consonancia el áspero nombre de Urraca. Razon es esta que miran como muy plausible los historiadores; pero queda motivo para sospechar que los embajadores vendrian bien informados de la que habian de escoger, y atendido el carácter de Blanca, casi seguros de lo mucho bueno que de ella podrian esperar.

La infanta doña Blanca salió para Francia acompañada de su padre y de una lujosa comitiva de los principales señores de la corte; comitiva que le sirvió de escolta hasta la misma frontera del reino. Felipe Augusto salió con su hijo á recibirla hasta Burdeos y en compañía de varios prelados, guerreros y personajes de las dos naciones, pasaron á Port-Mort, cerca de Chateau Gaillard, donde se habian de verificar los régios desposorios.

Apesar de que el casamiento se celebraba lejos de la



Vista de Chateau Gaillard.

capital, nada faltó sin embargo de cuanto pudiera solemnizarle. Festines, bailes, torneos y cuantos festejos pudieron discurrir los reyes y los principales señores de Francia é Inglaterra allí congregados, se sucedieron sin descanso en obsequio de los dos jóvenes esposos, que á los catorce años de edad recibieron la bendicion nupcial de mano del arzobispo de Burdeos. La joven princesa de Castilla era el principal objeto de las atenciones de todos; la maravillosa blancura de su tez que tan bien cuadraba con su nombre, y su encantadora amabilidad prevenian desde luego á su favor. Por esto la marcha hasta París fué una aclamacion continua y la entrada en la capital un triunfo en que todo el pueblo francés saludó con entusiasmo á la que tanto habia de ilustrar sus fastos, y á la que hoy mismo no puede recordar sin profundos sentimientos de gratitud.

II

A las dos de la madrugada de un sereno día del mes de abril del año de 1205, una barca, deslizándose en silencio por las olas, llegó delante de una poterna abierta en los cimientos de la torre de Rouen á orillas del Sena. Abrióse á breve rato la puerta, y á la siniestra luz de una antorcha que en el interior brilló por un momento, se pudieron distinguir tres personas que entraron en la

barca. Llegó esta á un parage oscuro y recóndito del río; oyóse un quejido lastimero y en seguida cayó con sordo estrépito en el seno de las aguas el cadáver de un joven que llevaba una gran piedra atada al cuello con una soga. Este desdichado era el joven Artur de Bretaña, hermano de Eleonora de Inglaterra y sobrino del rey Juan Sin-tierra, el que no contento con usurparle sus derechos, acababa de quitarle inhumanamente la vida.

Artur de Bretaña era el amigo íntimo de Luis VIII, esposo de doña Blanca, era el compañero de su infancia, su hermano de armas, y sin su funesta muerte hubiera sido bien pronto su cuñado, pues Felipe Augusto, protector de los derechos de Artur, tenia concertado casarle con Maria, hermana de Luis. Con tales antecedentes, la muerte del joven Artur alteró la paz que se llegó á creer asegurada entre Inglaterra y Francia. En este reino la corte se vistió de luto; Juan Sin-tierra, en calidad de duque de Normandia, fué citado ante los tribunales como traidor, villano y asesino; el pueblo lamentó la muerte de Artur; pero Luis VIII juró vengarle.

Esta resolucion del principe y su designio de pasar á Inglaterra alteraron la quietud y felicidad que doña Blanca habia gozado hasta entonces, consagrada enteramente al amor de su esposo y viviendo casi siempre en el modesto retiro de Poissy, donde dió á luz á su primogénito

Felipe. La expedición que su marido proyectaba la obligó á trasladarse á sitios donde mejor pudo notarse la grandeza de su alma y la energía de aquel carácter español, heroico y entusiasta. Ella no acompañó á su esposo Luis; pero en cambio trabajó en favor de sus proyectos mejor que si le hubiera acompañado. La expedición que al principio consiguió notables victorias, empezó á experimentar reveses: la tempestad dispersó la naves francesas, y los barones ingleses olvidaron sus quejas y desavenencias para defender ante todas cosas su país. Entonces Luis VIII llegó á verse realmente apurado; le eran precisos pronto socorros, pues hasta le llegó á faltar el dinero para pagar á las tropas. Recurrirá solicitar el auxilio de su padre era indispensable, y sin embargo, como que Felipe Augusto había siempre desaprobado altamente aquella expedición, pocas esperanzas había de conseguir lo que se deseaba. En tal situación Blanca coge á sus dos hijos, Felipe y Luis, últimamente nacido en 1213, y se presenta delante del abuelo, pálida y agitada por una profunda emoción.

—Señor, le dice, ¿tendréis valor para permitir que

vuestro hijo perezca, solo y abandonado en tierra extraña?

—Sabeis que nunca he aprobado su expedición y que ademas es el mismo soberano pontífice el que la reprueba.

—Enviadle al menos lo que le pertenece; la parte que le corresponde de vuestra herencia.

—Te aseguro, Blanca, que nada haré por él.

—¿Nada hareis? contestó Blanca desechada... pues yo bien sé lo que he de hacer.

—¿Tú! ¿Pero que es lo que intentas?

—El Señor ha bendecido nuestro matrimonio con estos dos hermosos niños y ahora mismo voy á ponerlos en prendas para obtener lo que necesito. Venid, hijos míos, vamos á ver si hay quien me preste dinero sobre los hijos de su rey.

—¡Blanca! ¡Blanca! exclamó Felipe Augusto para detenerla. Ahí están todos mis tesoros á tu disposición, toma de ellos cuanto necesites.

—Señor, contestó Blanca en extremo gozosa, eso está muy bien dicho. Ahora si que habeis hablado como padre y como rey.



Muerte de San Luis.

III

Por este y otros sucesos que refiere la historia, se viene en conocimiento de que el rey Felipe Augusto llegó á tener mas cariño á su nuera doña Blanca que á su mismo hijo Luis, pero este, tiernamente amado de Blanca, tenía en ella una poderosa intercesora. El rey Felipe Augusto, ya en sus últimos años, y en especial desde la muerte de

su nieto Felipe que murió de once años de edad, cambió enteramente su método de vida: al ardor bélico que caracterizaba al vencedor de Bouvines, sucedió la necesidad de reposo y el deseo de la paz. Entonces doña Blanca no se separaba de su lado: no se emprendía cosa sin que diera su dictámen, hijo siempre de la prudencia, y hasta se la consultaba en los proyectos de mejoras materiales y embellecimiento de París, que era entonces la principal

ocupacion del anciano rey. Su muerte acaecida en 1225 paso la corona á las sienes de Luis VIII, cuya consagracion, así como la coronacion de su esposa doña Blanca, se verificó en un mismo día con toda la pompa y magnificencia de los antiguos reyes cristianísimos. La misma influencia que habia tenido doña Blanca con el padre, siguió teniendo con el hijo. Para ella nunca estuvieron cerradas las puertas del consejo real, y Luis VIII ocupado en continuas guerras con los hereges y con los ingleses, abandonaba con entera confianza en manos de su esposa las riendas del gobierno. Corta fué la vida del príncipe y mas breve todavía su reinado: su última hazaña fué la toma de la Rochela, de que se apoderó despues de una obstinada defensa, y las fatigas y la enfermedad mortal vinieron luego á postrarle en el castillo de Montpensier en Auvernia.

Cuando la reina doña Blanca, ansiosa de ver á su esposo se dirigia hácia este castillo, precedida del joven Luis que se adelantó á galope para abrazar el primero á su padre, así el hijo como la madre quedaron sorprendidos y consternados con la funesta nueva que salió á participarle el canciller del reino.

—¡El rey ha muerto!... ¡Viva la reina!

Esta era la exclamacion de los que se consolaban de la pérdida del rey, sabiendo que dejaba encomendado á su esposa el gobierno de la Francia, durante la menor edad del joven Luis.

Doña Blanca á quien su intenso dolor no pudo distraer un momento de lo que debia á sus hijos y á la Francia, convocó á los prelados y magnates que habian asistido á la muerte de su esposo y les hizo prestar testimonio de como efectivamente habia sido su voluntad que ella se encargase de la regencia. Fortalecida con este testimonio y con el testamento de su marido, precauciones que no estaban demas, atendidas las intrigas y oposicion que podian suscitar los príncipes de la sangre, empuñó decidida las riendas del gobierno, para manifestar toda la firmeza de su carácter. Curioso es, por cierto, contemplar á la muger esclava de sus deberes, á la joven sometida á su esposo, como un modelo de sencillez y de ternura, ostentarse ya cual matrona de animo varonil, superando todas las dificultades de su posicion y gobernando gloriosamente á la Francia.

IV.

En dos principales y solemnes ocasiones fué doña Blanca de Castilla, regenta y gobernadora del reino de Francia: la primera durante la menor edad de su hijo Luis IX, hoy reverenciado con el nombre de San Luis, y la segunda durante la ausencia de este mismo rey en su expedicion á la tierra santa.

Durante una enfermedad de sumo peligro, hizo voto el santo rey de ir á combatir contra los infieles, si sanaba de su dolencia. Apenas esto se verificó, ya puso por obra el cumplimiento de lo ofrecido, y en compania de su esposa Margarita de Provenza, de sus hermanos, de muchísimos señores y considerables tropas, se embarcó en Marsella en 15 de mayo de 1249, con grande sentimiento de su madre, que cual si presintiese que no le volveria á ver, se desmayó en el momento de la despedida. La espe-

dicion se dirigió primeramente á Egipto, donde desembarcó felizmente; consiguió algunos triunfos y se apoderó de Damietta; pero todo vino á malograrse con las crueles enfermedades epidémicas que ocasionaron la retirada y la ruina del ejército y la prision del mismo San Luis. Habiendo conseguido al fin su libertad mediante un crecido rescate, volvió á Francia; mas como nunca abandonase sus sentimientos religiosos y caballerescos y cada vez fuese mas urgente atender al socorro de los cristianos de tierra santa, volvió á embarcarse para el Asia. Tambien esta vez la expedicion se dirigió primeramente á el Africa; pero antes de realizar el proyecto de apoderarse de Tunez, el calor excesivo, las aguas corrompidas y malos alimentos, hicieron desarrollarse la peste, en el campo de San Luis. Uno de sus hijos fallece víctima de la enfermedad, y el otro parece que está próximo á seguir á su hermano. El mismo San Luis es atacado de la peste y conociendo que su fin se acerca, llama á su hijo y despues de darle excelentes consejos, espira postrado en humilde lecho en presencia de los guerreros y señores que le habian acompañado en su infausta expedicion.

Jamás hubiera podido el santo rey abandonar la Francia, ni realizar sus designios, sin el auxilio de la ilustre española á quien debia el ser y á la que dejaba encomendado el gobierno. Ni hubiera tampoco sido inscripto en el catálogo de los santos, sin la educacion que recibió de su madre, que antes que el arte de gobernar, le enseñó el ejercicio de la virtud, de un modo digno de la que preferia verle muerto antes que contaminado por la culpa mortal. La Iglesia misma, en las oraciones con que festeja á este santo, declara que sus virtudes fueron debidas á la educacion de su madre, y todos los historiadores franceses están contestes en que á ella es debido que su monarca fuese santo, legislador, guerrero y al mismo tiempo padre de la patria.

Durante el tiempo en que se halló sola al frente del gobierno, todas las intrigas se desvanecieron con su entereza, todas las viles calumnias se estrellaron ante la pureza de su vida. Ella corrigió abusos, evitó injusticias, fundó un asilo para jóvenes desamparadas y espuestas á la seducción, permitió el rescate de los esclavos y de los aldeanos que gemian bajo la opresion de un clero prepotente y de señores ambiciosos. Ella facilitaba cuantiosos auxilios á su ausente hijo, y ella en fin atrajo sobre la Francia las bendiciones del cielo.

No llegó á presenciar ni saber la muerte de su hijo, pues esta ilustre reina murió en Chastenay en 1252, pero el sentimiento de su ausencia, el mal éxito de una expedicion que ella habia siempre mirado con disgusto, y la idea de que San Luis no volveria á su lado, produjeron aquel mal de languidez que la llevó al sepulcro con sentimiento universal de la España y de la Francia.

Grato es para los españoles ver en los historiadores franceses los unánimes elogios de esta princesa y decir con ellos, que doña Blanca de Castilla, dotada en el mas alto grado del talento de gobernar, unia la grandeza de alma con la sensibilidad, y que generosa, económica, hábil y franca, puede presentarse noble y gloriosa á la posteridad.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

DEL ORIGEN

DE LAS FIESTAS REALES,

DE LAS CELEBRADAS EN MADRID ANTES Y DESPUES DE SER CORTÉ
HASTA NUESTROS DIAS.

Entonces como acostumbramos en los artículos sobre los usos y costumbres de nuestra España, quisiésemos buscar el origen de las fiestas reales, tendríamos que retroceder hasta el primer hombre que cinó sus sienes con la venda ó diadema, y que empuñó el cetro en prueba de autoridad, sobre los demás hombres de su país. De presumir es quedese que hubo reyes acostumbrasen los pueblos á festejarles, ya con motivo de su proclamación y exaltación al trono, ya con el de su nacimiento, bodas y triunfos; razón por la que llamaríamos nacionales á estas fiestas mejor que reales, puesto que la nación es la que las hace y costea en obsequio de su rey, pudiéndose con mas propiedad denominar mercedes reales, á las gracias que con tal motivo dispensa el soberano á sus fieles súbditos ó amigos: sin embargo creemos que con darlas el título de fiestas regias se espresaban los dos extremos perfectamente, por que aludian á la magnificencia con que se efectúan y al objeto por que las hace el pueblo y á la parte que en ellas contribuye la persona obsequiada.

Volviendo á nuestro asunto diremos que si bien hasta los pueblos menos civilizados han festejado y festejan á sus reyes con los indicados motivos, los egipcios son los primeros pueblos que organizaron estas fiestas, en las que los persas y los chinos han sobresalido siempre por su riqueza y ostentación proverbial, como vemos en los libros antiguos y modernos que hablan de las costumbres de estos pueblos. Los griegos que revistieron á sus reyes de la brillante púrpura y que vertieron sobre sus diademas é insignias reales del propio modo que los persas, el oro y las piedras preciosas, fueron los que presentaron con mas estudiada magestad las festividades regias, y así es que pocos reyes han ostentado en sus personas mayores riquezas que el soberbio Darío en sus triunfos, y que el grande Alejandro en los suyos, así como pocas veces el pueblo ha hecho obsequios de mayor monta, puesto que eclipsaron ambas naciones en ellos las grandezas de los Ramses y de los Ninos.

La soberbia Roma careció en tiempo de sus primeros reyes de las riquezas necesarias para presentarles, en tales ocasiones, con la grandeza y ostentación que tuvo su último rey *Tarquino*, denominado por lo mismo y por su carácter, el Soberbio; pero cuando ya rica y poderosa la república presentó á sus cónsules con toda su grandeza, sus fiestas nacionales sobrepujaron á las reales que se habían hecho, en muchos quilates, y á las que se hacían por las naciones bárbaras, dictado que dieron á los demás pue-

blos que no se regían por las leyes romanas. Desde los romanos sus grandes *triumfos* y *ovaciones* han servido de modelo á las festividades regias de todos los pueblos, y sus divinidades y graciosas alegorías, son el caudal que agotan los artistas y los poetas en ocasiones tales, para adornar sus obras, y los cortesanos para adular en las representaciones que costean, á aquellos de quien esperan el precio de su adulación. Al hacer referencia de los triunfos, como el origen de las festividades regias ya organizadas, debemos decir que se achaca su invención al dios Baco que conquistador de la India se coronó de yedra, ejemplo que imitó Alejandro Magno haciendo coronar así á sus soldados. Rómulo estableció la costumbre en su pueblo romano al volver victorioso despues de la derrota de *Acron* rey de los ceninienses, en cuyo caso se coronó de laurel, y el cónsul *Valeriano Publicola* fué el primero que recibió este obsequio en la república romana. Entre la multitud de triunfos y festividades regias romanas las mas suntuosas fueron las de *Manlio Volso*, las de *Marcelo*, *Escipion Africano*, *Q. Flamínio*, *M. Fulvio*, *Escipion* el jóven, *Mimio*, *Mario*, *Sylla*, *Pompeyo*, *Julio César*, *Augusto* y *Vespasiano*, cuyo emperador llevó por trofeos la ley de Moisés y los ornamentos y vasos del templo de Jerusalem. Empero el triunfo mas solemne romano y tal vez de todo el mundo, puede decirse que fué el de *Paulo Emilio* celebrado el año 586 de la fundación de Roma, con motivo de haber triunfado este cónsul venciendo á los griegos macedonios, de cuyo pueblo trasportó á Roma sus principales riquezas y sus mejores estatuas, vasos y obras del arte, que sirvieron en su triunfo como gloriosos trofeos. Tampoco debemos dejar de mencionar entre las regias fiestas romanas, el triunfo del emperador *Aureliano* cuando venció á *Zenobia* reina de Palmira, y á *Tétrico* por haberse sublevado contra los galos. Todas las naciones imitaron á los romanos en estas festividades, pero atendiendo á su importancia con las de aquellas, pueden considerarse nuestras festividades regias como unas mezuquinas ovaciones publicas que en nada se parecen aun á las festividades á que daban este nombre, que venían á ser un pequeño triunfo que se concedía á aquellos, cuyos hechos no merecían todavía la solemnidad triunfal, á los cuales se le vestía de púrpura y coronaba de mirto siendo el cónsul *Postumio Tuberto* el primero que obtuvo tal distinción.

Si hubiéramos de hacer la historia completa de las fiestas reales de todos los pueblos de que constan escritos ó documentos, aunque no fueran mas que desde la edad media hasta nuestros dias, necesitaríamos muchos volúmenes para llenar nuestro propósito, y aun cuando solo nos refiriéramos á España, dado caso de que hallásemos los suficientes documentos para ello en sus diversos reinos antiguos, tendríamos que ocupar un libro bastante voluminoso. En esta imposibilidad y atendiendo á los cortos límites de un artículo, nos concretaremos á indicar las fiestas reales celebradas en la heroica villa de Madrid.

Las primeras que aparecen celebradas en Madrid, se verificaron el año 1536, en que hallándose el rey don Alonso en esta villa, vino á ella la reina doña Leonor de Aragon su hermana. Se repitieron estas fiestas en el mismo año á la llegada del infante don Pedro de Aragon, que se concertó en esta villa con la espresada reina por mediación del rey. En 1575 el rey don Enrique recibió en Madrid con grandes regocijos públicos al rey de Navarra

y a su hijo don Carlos. En 1595 en el mes de noviembre, se verificaron fiestas por la declaracion de la mayoria de edad de don Enrique III, que hicieron las cortes en esta villa, la que tambien las repitió con ostentacion en los años siguientes, para el matrimonio del rey con doña Catalina de Gante, y el del infante don Fernando con doña Leonor, condesa de Albuquerque, llamada la *Rica-hembra* en atencion a sus grandes estados. Fiestas reales se hicieron en 20 de octubre de 1418, a la entrada de don Juan II con su esposa doña Maria de Aragon, y fiestas reales se celebraron el 7 de marzo del año siguiente en el que reunidas las cortes en el alcázar de esta villa, declararon al espresado rey mayor de edad, y tambien en 1455 cuando celebrando cortes para hacer la guerra a los moros de Granada, fué tanta la gente que vino a esta villa, que tuvo el rey que alojarse en la villa de Illescas hasta que se desembarazó de forasteros por su orden.

Hallándose Enrique IV de recreo en esta villa, en enero de 1462 dió a luz su esposa a la princesa doña Juana, llamada despues la Beltraneja, y se celebraron fiestas, si bien las principales tuvieron lugar en el mes de marzo del mismo año, en que a pesar de la repugnancia general, se juró a la princesa por sucesora en el reino. La llegada de los caballeros de Bretaña a esta villa en 1463, hizo que para obsequiarles ordenase el rey y justas fiestas, entre las que se cuenta la célebre defensa del *paso* entre el Pardo y Madrid hecha en obsequio de la reina por su favorito don Beltran de la Cueva, y de la cual se origina la fundacion del monasterio de San Gerónimo que se halla en el Prado de Madrid.

Grandes regocijos hubo en Madrid por la entrada de su reina doña Isabel la Católica en enero de 1477, y no fueron menos sus obsequios de enero de 1492, época en que doña Isabel, a pesar de contrariarlo su esposo don Fernando, rey de Aragon, nombró arzobispo de Toledo al célebre franciscano Jimenez de Cisneros.

Los reyes Felipe I, archiduque de Austria y su esposa doña Juana, hija de los reyes Católicos, hicieron su régia entrada en Madrid en 1502 antes de ser reyes, y el júbilo fué grande y las fiestas magestuosas, siendo las únicas que a tan infortunados personajes se celebraron.

La entrada del emperador Carlos V, rey I de este nombre en España, se verificó en esta villa en 1524, y el soberano y los austriacos que le acompañaban, se sorprendieron de la suntuosidad de las fiestas, las que se repitieron dos veces con grande pompa, la una en 1527 por el nacimiento en Valladolid del principe don Felipe, y la otra al año siguiente en el que a 19 de abril se juró a este principe de Asturias y heredero del reino, en cortes celebradas en la iglesia de San Gerónimo de esta villa. Fué proclamado rey este principe en 17 de enero de 1556 con el nombre de Felipe II, por renuncia de su padre que se retiró al monasterio de Yuste, y los regocijos régios entretuvieron por cuatro dias a la multitud de forasteros que inundaron esta villa.

Habiendo Felipe II trasladado a Madrid la corte, de Toledo donde se hallaba, en abril de 1561, puede decirse que desde aquella fecha data la grandeza de esta villa, pues de esta época se originan la multitud de sus conventos y fundaciones religiosas. Muchas fueron las festividades alegres de este místico reinado, si bien abundaron mas extraordinariamente las religiosas y aun las lúgubres; pero las hubo que tuvieron mucha mayor grandeza que las anteriores. Las celebradas en 1569 por la entrada de la reina doña Ana de Austria, cuarta muger de Felipe II, son acaso las mas suntuosas y de larga duracion que ha celebrado Madrid hasta el presente siglo, por que en ellas se ostentó la extraordinaria riqueza que poseia entonces España.

Al volver en 15 de diciembre de este año don Juan de Austria vencedor de los moriscos de Granada, su ovacion fué régia. En 4 de enero de 1571, se celebraron festejos

por el nacimiento del principe de Asturias, el malogrado don Fernando, por cuya jura se celebraron fiestas reales en 31 de mayo de 1575, que se repitieron en 1.º de marzo de 1580, por que habiendo fallecido dicho principe, fué jurado en su lugar el no menos malogrado principe don Diego Felix, a la edad de cuatro años. Habiendo conquistado Felipe II a Portugal, celebró esta villa en 1.º de diciembre de este mismo año tan fausto acontecimiento con grandes regocijos, en los que por descuido en la iluminacion se quemó la gigantesca puerta de Guadalajara, de la que se salvaron solo las imágenes de Nuestra Señora y del Angel de la Guarda que se hallaban en ella, siendo la última la que aun se venera en su capilla del paseo de Atocha, y que es propia de la hermandad de los porteros y alguaciles de villa y corte. Como falleciese el principe don Felix, se juró por heredero del reino a Felipe III el 11 de noviembre de 1584, (cuando solo tenia 6 años) en la iglesia de San Gerónimo, y Madrid se mostró tan obsequioso como siempre con sus reyes.

Levantando Madrid pendones por Felipe III proclamado en 11 de octubre de 1598, despues de la muerte de Felipe II, festejó su entrada desde el Escorial el 8 de noviembre, pero sin grandes preparativos por haberles prohibido aquel mediante al luto en que se hallaba; empero lo que no hizo en esta ocasion, lo verificó con creces en 24 de octubre del año siguiente al entrar en esta villa la reina doña Margarita de Austria con quien casó el rey, si bien duró poco el regocijo por trasladar Felipe III al siguiente año la corte a Valladolid, providencia que empujó a esta villa extraordinariamente, hasta que convencido el rey de que en parte alguna estaba mejor su corte que en Madrid, mandó trasladarla a 15 de abril de 1606, dia en que la villa entusiasmada de contento y gratitud, celebró fiestas régias de mucho coste. El 17 de enero de 1608 se juró por las cortes en San Gerónimo, principe de Asturias, al que despues reinó con el nombre de Felipe IV, y lo vistoso de los muchos arcos que se levantaron, de las danzas, mascaradas y luminarias, hicieron se tuviesen estas fiestas por las mejores celebradas hasta entonces. El ajuste de las capitulaciones matrimoniales entre doña Ana y Luis XIII, rey de Francia, verificado el 22 de agosto de 1612, produjo festividad real, y tambien fué lucidísima en 19 de noviembre de 1615, por la entrada en esta villa de doña Isabel de Borbon como esposa del principe don Felipe IV, en cuyas fiestas los gremios, y en particular los plateros, hicieron gastos considerables en sus bellísimos adornos, carros triunfales y mogigangas. Debemos contar entre las festividades régias, acaso las mas suntuosas que se han verificado en Madrid, las que hizo a su glorioso patron San Isidro Labrador, con motivo de su beatificacion hecha por el papa Paulo V, y celebrada el 15 de mayo de 1620; imposible sería espresar cuanto en estas fiestas se hizo, pues que no pueden compararse en grandeza a las ejecutadas antes, y despues solo la escedieron las hechas con motivo de su canonizacion que decretó Gregorio XV, verificada en 19 de junio de 1622, en las que se celebró tambien la canonizacion de San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier, Santa Teresa de Jesus y San Felipe Neri. Festejado fué tambien en su entrada el 26 de marzo de 1622, el principe de Gales, hijo del rey de Inglaterra, que vino a casarse, lo que no se verificó, con la infanta doña Maria hermana del rey, cuyas fiestas, suspendidas por ser cuaresma, siguieron el 1.º de junio y se repitieron el 26 de julio y el 21 de agosto. El nacimiento de la infanta doña Margarita, hija de la reina doña Isabel, produjo mascaradas y fiestas, así como tambien el del principe don Carlos el 17 de octubre de 1629, por el que se celebraron muy suntuosamente en 7 de marzo de 1632, con motivo de jurarle las cortes en San Gerónimo principe de Asturias. En 1.º de diciembre de 1633, se solemnizó el nacimiento del principe don Fernando hijo de la emperatriz de Austria doña Maria, y en ellas se estrenó la

plaza del real sitio del Retiro, pero a pesar de todo no fueron tan suntuosas las funciones que se hicieron como las celebradas en enero y febrero de 1657, con motivo de la noticia de haberse elegido a Fernando III, rey de Hungría, rey de romanos, pues para ellas se construyó delante del Retiro una anchurosa plaza, quitándose antes el monte que le dividía de Madrid. Consistió la principal de estas fiestas, en una lucidísima mascarada, con carros de comediantes representando, en la que tomó parte toda la grandeza, certámenes poéticos, toros y cañas, y cucañas los doce días que duraron, siendo admirable que casi todas las fiestas se celebraron de noche en la referida plaza, la cual se alumbraba con siete mil luces. Cuatro días duraron las fiestas con que se celebró el nacimiento de la infanta doña María Teresa en octubre de 1658, ocurriendo en ellas la particularidad de lidiarse leones, tigres, osos, toros y perros de presa.

Casando Felipe IV en segundas nupcias con su sobrina doña Mariana de Austria, se hicieron fiestas reales a su venida a esta capital el 15 de noviembre de 1649, para cuya descripción se necesitaría un gran volumen, pues en ellas campeó la imaginación poética y caballeresca de aquel reinado de un modo sorprendente, luciendo en sus arcos, y galerías y multitud de pinturas alegóricas, el talento artístico de los discípulos y émulo del inmortal Velazquez. La reducción de Barcelona, fué celebrada el 15 de octubre de 1652 con regocijos públicos. A pesar de que la infanta doña Margarita que nació el 7 de diciembre de 1633 murió a los pocos días, el rey festejó a la reina luego que salió a misa; pero cuando las fiestas reales se celebraron con alegría general, fué el 17 de enero de 1638, en que salió a misa después de haber dado a luz al príncipe don Felipe Próspero, que nació en 2 de noviembre de 1661, mes en que a 6 nació su hermano don Carlos que sucedió a su padre en el reino, y por cuyo nacimiento celebró fiestas reales esta villa. El 18 de diciembre de 1662 se hicieron fiestas por haberse firmado las capitulaciones matrimoniales de la infanta doña Margarita con el emperador Leopoldo de Austria.

Después del festivo reinado de Felipe IV, sigue el tétrico y místico de su hijo Carlos II, en el que se conoció su carácter misántropo hasta en las pocas festividades reales que en él se celebraron. Su proclamación en octubre de 1665, participó ya de su miserable complexión, pues fué una festividad raquítica, dirigida por su mística madre, regenta y gobernadora del reino en su menor edad. Salió de este estado Carlos II el 9 de noviembre de 1675, sin que tal suceso ofreciese grandes regocijos, pues aun cuando el pueblo lo deseaba, estaba sumamente vejado y molesto por las intrigas de Jacóte. Después de la muerte de don Juan de Austria, hermano natural del rey, acaecida el 17 de setiembre de 1679, casó el rey con doña María Luisa, hija del duque de Orleans, hermano de Luis XIV, rey de Francia, matrimonio contratado por don Juan, el que celebró con fiestas régias la ratificación de los contratos el 7 de junio anterior a su muerte. La régia entrada de la reina, se verificó el 15 de enero de 1680, poniéndose al efecto una gran galería de estatuas simbólicas en la carrera, en la que había profusión de emblemas, empresas y alegorías: los plateros adornaron con todas sus alhajas la calle de las Platerías, los manguiteros colgaron de pieles sus portales, y en fin se presentaron adornos tan groseros, que si bien dieron a conocer el gusto churrigueresco de la época, manifestaron la riqueza que aun tenía España. Grandes fiestas se hicieron en esta villa desde el 6 al 9 de noviembre de 1685, por la gran victoria ganada a los turcos en los campos de Viena el 12 de setiembre por el rey de Polonia y duque de Lorena con sus aliados cristianos. Casándose el rey en segundas nupcias con doña Mariana de Neoburgo, hija del duque de este nombre, y sabiendo que había desembarcado en el Ferrol, celebró fiestas reales por cua-

tro días esta villa en 11 de abril de 1690, las que se repitieron con suntuosidad el día 22 de mayo en que entró la reina. Tuvieron estas fiestas de notable, que además de los muchos geroglíficos y figuras alegóricas que adornaban la carrera, se colgaron desde el Hospital de los Italianos al convento de la Victoria, los mejores cuadros que hoy adornan y enriquecen el Real Museo; que enfrente de San Felipe el Real, que era una bellísima y rica galería, se colgaron los bustos y retratos de los principales hombres ilustres de España, y en fin que los plateros presentaron sus aparadores en su distrito y los pellejeros fieras vestidas con pieles verdaderas. Libre el rey de una peligrosa enfermedad, dispuso la villa festejos que se verificaron el 18 y 19 de mayo de 1695, en los que se vió particularmente la mascarada mas variada y hermosa que se había ejecutado hasta entonces, y gustó tanto a los reyes que la hicieron repetir el 50 del mismo mes. Las últimas fiestas reales de este reinado, fueron las celebradas en 15 de noviembre de 1697, por la victoria que consiguió el emperador Leopoldo contra los turcos sobre el rio Tibisco el 11 de setiembre.

Muerto Carlos II el 1.º de noviembre de 1700, se proclamó rey de España a Felipe V de Anjou, primer vástago de la casa de Borbon en España, y luego que fué jurado en San Gerónimo, hizo su entrada pública en 14 de abril de 1701, día en que empezaron las fiestas reales. Catorce vistosos arcos habia desde el Retiro al Prado, en los que se ostentaban cuarenta y ocho estatuas, y gran número de estas adornaban las gradas de San Felipe el Real; los portales de la calle Mayor, se convirtieron en bellísimas galerías llenas de espejos, y cuatro arcos mas costados por los Consejos, formaron parte de los ricos adornos de la carrera, en los que empezó ya a lucir la veleidosa imaginación francesa. Festejos públicos se celebraron el 17 de enero y siguientes a la entrada del rey, de vuelta de su victoriosa campaña de Italia; los que se repitieron en 25 de agosto de 1707, por el nacimiento del príncipe Luis Fernando, el cual fué jurado en 7 de abril de 1709 príncipe de Asturias, cuyo acontecimiento se celebró con regocijos públicos.

Casado segunda vez Felipe V con doña Isabel Farnesio, hija del príncipe de Parma, se celebraron fiestas reales en 27 de diciembre de 1714 en que entró la reina en esta villa. El nacimiento en 20 de enero de 1716 del infante don Carlos, que después fué rey de Nápoles y de España, reprodujo los regocijos públicos, los cuales se repitieron tambien en 1722 por la venida de la princesa doña Luisa Isabel de Orleans.

El 9 de febrero de 1721, levantó pendones Madrid por Luis I a consecuencia de la renuncia de la corona hecha en él por su padre Felipe V, y puede decirse que el nuevo soberano no disfrutó aun de las fiestas de su elevación, pues falleció en 31 de agosto del mismo año sin que se le hubiera festejado aun régicamente.

Volviendo a tomar Felipe V las riendas del gobierno, las primeras fiestas reales fueron las celebradas el 25 de noviembre del mismo año 1724 en que se juró por príncipe de Asturias a su hijo don Fernando VI que le sucedió en el reino. Hubo jubilos por los nacimientos de la infanta doña María Teresa en 1726 y del infante don Luis en 1727, y en 27 de diciembre de este año por los desposorios de la infanta doña María Ana Victoria con el príncipe del Brasil. El día 27 de octubre de 1739 se celebraron fiestas reales por los desposorios y entrada del infante don Felipe y doña Luisa Isabel, hija de Luis XV de Francia, y estas fueron las últimas celebradas en este reinado.

Levantados pendones en 1746 por Fernando VI de buena memoria, el 10 de octubre del mismo tuvo lugar su régia entrada en esta villa, solemnizada con fiestas, ya que no suntuosas, por lo menos magníficas por las muchas mercedes que tan demente y humano soberano hizo al

pueblo, y solo se repitieron regocijos despues en 12 de abril de 1750, con motivo del enlace de la infanta doña Maria Antonia, hermana del rey, con el duque de Saboya.

Proclamado rey de España el 11 de setiembre de 1760, el señor Carlos III, de gloriosos recuerdos, que á la sazón era rey de Nápoles, el 9 de diciembre se le recibió con regocijos públicos en esta villa, pero las fiestas reales se difirieron hasta el 15 de julio de 1761, en que se celebró su entrada pública y juraron las córtes por principe de Asturias á su sucesor: muy solemnes fueron estas fiestas en las que las artes y las letras brillaron á porfía: todas las fuentes fueron adornadas con gusto; á cada paso se hallaba levantado un suntuoso arco recordando los mejores de Roma, y jamás se vió mayor variedad y profusion de bien combinadas empresas y vistosas alegorias, muchas de ellas consignadas en medallas; en fin las fiestas que produjeron la famosa puerta de Alcalá que admiramos hoy, correspondieron en todo á la dignidad de uno de los mas grandes reyes que ha tenido España. En setiembre de 1765, hubo públicos regocijos por el matrimonio del principe don Carlos con doña Maria Luisa de Parma que llegó á esta villa, los que se repitieron en 1782 por el enlace del infante don Gabriel con doña Maria Victoria de Portugal, y de la infanta doña Carlota Joaquina con el principe del Brasil, que reinó despues con el nombre de Juan VI.

Luego que falleció el rey Carlos III levantó pendones Madrid por Carlos, IV en 17 de enero de 1789, el cual hizo jurar principe de Asturias á su primogénito don Fernando á las córtes reunidas el 25 de setiembre, con cuyo motivo tuvieron lugar las primeras fiestas reales de este reinado. Las segundas fiestas se verificaron en 1804, por los dobles enlaces del principe don Fernando con doña Maria Antonia de Nápoles, y de la infanta doña Maria Isabel con el principe don Francisco que reinó despues en Nápoles y de los cuales nació la reina Cristina; estas fiestas se verificaron á 18 de setiembre en que hicieron los reyes y principes su entrada pública, desde Barcelona, en esta villa.

Declarado rey de España Fernando VII, en medio de la efervescencia popular que produjo la abdicacion de su padre Carlos IV, en 19 de marzo de 1808, en el real sitio de Aranjuez, el día 24 del mismo mes, en que entró el nuevo rey en Madrid, puede decirse fué el día de mayor entusiasmo que tuvo esta villa, y si bien no festejó su entrada con arcos triunfales ni otros adornos, no hubo un solo hueco, por pequeño que fuese, que no se iluminase; jamás se vió un pueblo mas loco por su soberano, cuyo caballo fué en hombros de sus entusiastas súbditos que no previeron entonces que algun día habian de mirar con indiferencia al idolo que entonces incensáran. La guerra de nuestra gloriosa independencia que siguió despues, en la que pretendió reinar por el gran Napoleon su hermano José, no ofrece festividad régia digna de contarse, pues ni su proclamacion en 25 de julio de 1808, ni su entrada, ni la proclamacion, ni la promulgacion de la constitucion de Bayona el 27 del mismo, produjo regocijos públicos, á pesar de los grandes esfuerzos que para ello hicieron los invasores, quienes por el contrario tuvieron que tolerar los festejos y público alborozo con que se recibió el 25 de agosto al general Castaños y á sus tropas despues de la famosa batalla de Bailen, y de la proclamacion de Fernando VII al siguiente día, pareciendq imposible que repentinamente se dispusiesen las fiestas régias tan galanas que duraron hasta el 30 del mes, en que hubo castillos de pólvora, arcos improvisados y corridas de toros. Cargando los franceses sobre Madrid abandonado por las tropas leales, hizo José Napoleon su entrada pública en 25 de enero de 1809; pero solo su tropa le festejó, no pudiendo lograr que el pueblo tomase parte activa en los regocijos. Desalojando los ingleses mandados por lord

Wellington, á los franceses que ocupaban esta villa en 14 de agosto de 1812, y publicada el 18 la constitucion hecha en Cádiz por las córtes en 18 de marzo, causó el regocijo natural, pero el hambre que se experimentaba, privó á esta festividad de todo lucimiento, no teniendo la menor parte la desconfianza de volver á sufrir el yugo que acababan de sacudir, en lo que no se engañaron los madrileños, puesto que el 2 de noviembre volvió el ejército francés á ocupar la capital. Evacuándola al fin los franceses en 27 de mayo de 1815, empezaron los jubilos luego que se supo la célebre victoria ganada por nuestras tropas y aliados en Vitoria, regocijos que se repitieron despues á la entrada de la regencia en Madrid el 3 de enero de 1814, en que se erigieron arcos de triunfo; y con motivo de la celebracion del primer aniversario de las victimas del 2 de mayo, festividad régia lúgubre, la mas solemne y grande que puede presentar pueblo alguno. La régia entrada de Fernando VII libre de cautiverio, el 19 de mayo de 1814, no puede compararse en entusiasmo nacional á ningún triunfador de los tiempos heróicos, porque escede á toda ponderacion: baste decir que Madrid tuvo aquel día regocijo tan grande, que con dificultad volverá á experimentar, pues no conociéndose mas que un solo partido, el nacional, solo un pensamiento, un grito de alegría resonó en todos los corazones: multitud de arcos de triunfo, se le presentaron al paso, y si estas fiestas reales no fueron recargadas, ni costaron muchos millones á la empobrecida nacion, fueron tal vez las que el pueblo presentó con mas voluntad y en las que reinó el verdadero entusiasmo y el mas puro patriotismo: en las iluminaciones ni una sola bohordilla dejó de alumbrarse.

El casamiento de Fernando VII con la malograda virtuosísima doña Maria Isabel de Braganza, de grato recuerdo para los españoles, produjo régia entrada y fiestas el día 28 de setiembre de 1816 y los tres siguientes. El nacimiento de la princesa doña Maria Isabel Luisa que fué á 21 de agosto de 1817, no produjo mas que iluminaciones y murió al poco tiempo, así como tan escelsa reina que falleció de parto en 25 de diciembre de 1818. El 20 de setiembre de 1819 entró la reina doña Maria Josefa Amalia de Sajonia, como esposa tercera de Fernando VII y las fiestas de su entrada verificadas por medio de arcos y vistosas iluminaciones, no ofrecieron gran diferencia de las anteriores. La publicacion de la constitucion de 1812, verificada en 10 de marzo de 1820 en que la juró el rey, solo produjo jubilo entre los liberales, los que durante los tres años que rigió aquel código celebraron con entusiasmo sus festividades patrióticas, siendo la mas notable la funcion civica verificada el 24 de setiembre de 1822, para solemnizar el triunfo obtenido contra los realistas por la milicia de Madrid en las calles de esta poblacion el 7 de julio anterior.

El ejército invasor francés, mandado por el duque de Angulema que entró á privarnos de la libertad en 1825, ganó esta villa por capitulacion el 25 de mayo, despues de una accion desastrosa entre los liberales y realistas dos dias antes, y el jubilo de estos últimos consistió mas en asesinar á los liberales y en quemarles sus casas á la voz de ¡mueran los negros y viva la religion! que en levantar arcos de triunfo á los franceses á los que recibieron con los brazos abiertos.

Al regresar Fernando VII de su expedicion á Cádiz, entró en esta villa el 15 de noviembre del mismo año en un carro triunfal de que tiraban los realistas, y por debajo de los arcos que al efecto habia mandado levantar el gobierno absoluto. En 1828 salió el rey en persona á pacificar las provincias catalanas, en que principiaba á cundir el fuego de la rebelion carlista, y su regreso á la corte, verificado en 11 de agosto del mismo año, se solemnizó con grandes festejos y arcos de triunfos, entre los que sobresalieron el de la calle de Alcalá, coronado

por la estatua ecuestre del rey hollando á sus enemigos, y otro en la calle Mayor, hecho á costa del Consulado de comercio, terminado por Apolo en su carro; entre las iluminaciones, el arco de la policia en la calle del Principe, fué de gran efecto y perfectamente emblemático en sus atributos.

De las esposas de reyes de España que pueden gloriarse de haber sido mejor recibidas y festejadas por los españoles, particularmente desde la régia Margarita de quien ya hemos hablado, es la reina madre de *Isabel II*, doña Maria Cristina de Borbon, actual duquesa de Rian-sares cuarta y última muger de Fernando VII. Testigos nosotros de su festivo viage acompañada de sus augustos padres los reyes de Nápoles, desde su salida de su pais natal, escribimos entonces por dias los obsequios que recibió en todos los pueblos españoles por donde pasó, y los regios festejos, con que en 11 de diciembre de 1829 la recibió esta villa que se esmeró mas que con ninguna de las anteriores princesas con que vinieron á compartir el tálamo y el trono con Fernando VII, pues hubo entusiasmo y gusto artístico en los arcos, obeliscos, emblemas y alegorias de que tenemos traslado en un lujoso programa con bellísimas láminas que imprimió de su cuenta el ayuntamiento de Madrid.

El nacimiento de nuestra adorada reina doña Maria Isabel Luisa, en 10 de octubre de 1830, produjo festejos reales los dias 19, 20 y 21 de noviembre al salir á su presentación al templo, en cuyas fiestas, un famoso carro triunfal y la iluminación de la Comisaría de Cruzada, de la Superintendencia de policia, de la Plaza, y de la Villa fueron sumamente notables por su buen gusto y bellas alegorias. El primer aniversario de los dias de esta princesa al año siguiente, se celebró concimentar la esbelta fuente de la Red de San Luis, y tambien se festejó el nacimiento de la infanta doña *Maria Luisa Fernanda*, hoy duquesa de Montpensier, ocurrido el 50 de enero de 1832. Las fiestas reales últimas del reinado de Fernando VII, tuvieron lugar el 19 de junio de 1833, con motivo de la jura de la reina Isabel como princesa de las Asturias y heredera del trono, hecha en San Gerónimo por las córtes. Digna es de mencionarse la iluminación que hubo en el Prado desde la Cibeles á Neptuno, figurando una bellísima galeria de arcos góticos enlazados entre si y cuajados de vasos de colores perfectamente combinados; la casa de Cruzada donde se veía de trasparente á Isabel la Católica conduciendo á la princesa Isabel al templo de la inmortalidad, con una inscripción en que se espresaba la antigua ley de España que llama á las hembras al trono á falta de varon. Una extraordinaria y grande mascarada con carros alegóricos de extraordinaria elevacion, fué lo mas notable de estas fiestas, las que todos se esmeraron en hacer suntuosas, siéndolo y mucho

las corridas reales de toros, los torneos celebrados por los maestrantes de Sevilla, Granada, Ronda, Valencia, y Zaragoza, en la plaza de toros de la Puerta de Alcalá, y el famoso simulacro militar verificado en las afueras de la misma puerta. De estas fiestas reales se origina el obelisco ó Fuente de las Sirenas y el paseo de las Delicias de Isabel II, en el terreno llamado antes de la fuente Castellana, que es hoy uno de los sitios mas amenos y deliciosos de Madrid; ¡ojala que se consignasen siempre las festividades y hechos públicos con monumentos tan dignos de la cultura del siglo!

La muerte de Fernando VII y elevacion al trono de Isabel II en 1833, inauguró en España la desastrosa guerra civil porque hemos pasado, y defendido el trono por los liberales durante la menor edad de nuestra reina, los regocijos públicos de Madrid en este período se han reducido á festividades cívicas de que no es nuestro ánimo ocuparnos por ahora, por cuyo motivo omitimos tambien la ovacion que se hizo al general Espartero en su entrada en esta córte en setiembre de 1840.

Verificado en julio de 1845 un cambio político por el que se vió embarcarse para Inglaterra el regente Espartero, la reina Isabel II, fué declarada mayor de edad por las córtes el 8 de noviembre, y jurando S. M. la constitucion el 10, las fiestas por esta solemnidad se celebraron en los tres primeros dias de diciembre, las cuales no fueron de gran lucimiento ni ofrecieron cosa extraordinaria en cuanto á adorno é invencion, si se exceptua una suntuosa monumental en la Plaza de la Constitución que manaba leche y vino. La reina Cristina que habia vivido en Francia desde 1840, hizo su entrada en Madrid el dia 25 de marzo de 1844, y tambien se hicieron varios festejos, sin que en ellos hubiese mas notable que una fortaleza ó palacio de los Reyes Católicos en 1500, con que se decoró la fachada del palacio de Buena-Vista. El estado lastimoso en que desde la muerte de Fernando VII se ha hallado la nacion combatida por la guerra civil y destrozada por el encarnizamiento de los partidos, ha quitado á todas las festividades públicas el entusiasmo universal que es el alma de ellas.

Por último, en octubre de este año ha celebrado Madrid festejos públicos para solemnizar la doble boda de S. M. la reina é infanta de España doña Luisa Fernanda, con sus augustos primos, el infante don Francisco de Asis y el duque de Montpensier, festejos, cuya descripcion omitimos, tanto porque casi nada notable ofrecieron bajo el aspecto artístico, cuanto porque demasiado recientes todavía, apenas habrá alguno de nuestros lectores que no los haya presenciado ó leído en los periódicos de la córte.

BASILIO SEBASTIAN CASTELLANOS.

ESTUDIOS DE INDUSTRIA.

EL PINO.

Pocos árboles habrá ciertamente mas productivos ni mas útiles al hombre que el pino. Sirve para el fuego, para alumbrarse, pues sabido es que en los países montañosos como los Pirineos, no usan otro alumbrado las gentes pobres que las teas del pino; se emplea en la construcción de buques, en la de casas y en las infinitas aplicaciones que hace de él el arte del carpintero. La palabra *pino* se deriva de *pinos* que tiene por raíz griega *πίον* y significa *graso*, en efecto tal es el carácter distintivo de este árbol, que produce la materia grasienta conocida con el nombre de *resina*, y que tiene así mismo una inlinidad

de aplicaciones y usos para la pintura, la farmacia, la construcción de navios etc. Tambien sirven las hojas y la corteza del pino para alimentar los ganados.

La especie mas comun es la del pino silvestre, el cual crece espontáneamente en la mayor parte de Europa en las montañas y cordilleras, principalmente en los Alpes y los Pirineos. En el centro de la Península se cria con abundancia en la provincia de Soria, donde están los famosos pinares conocidos con este nombre, y en la de Segovia por la parte de Guadarrama y Navacerrada. La madera de estos últimos, que pertenecen en su mayor parte al patrimonio real, se consume como la de Soria en Madrid, donde es bastante apreciada, distinguiéndola con el nombre de madera de Balsain. Existen otra porción de pinares en el resto del reino que constituyen la riqueza esclusiva de algunas comar-

cas; pero en España no se saca el mismo partido que en Francia, y en particular en Suecia, de este árbol.

Los que se dedican á extraer de los pinos la materia resinosa, quitan la corteza mas exterior con el hacha, desde el suelo hasta diez y ocho pulgadas de altura, pero en una anchura tan solo de algunas pulgadas; hacen una escavacion al pié del árbol, penetrante hasta en el mismo tronco, en el que practican una hendidura como de seis pies de alto sobre cuatro de ancho. De ella sale una materia resinosa, blanca como la cera, que se pega á los bordes y la recogen aparte al fin de la estacion; á mas fluye una materia blanda, ó trementina, que se acumula en el fondo de las hendiduras de que hemos hablado.

La trementina se recoge cuatro veces al año, y se deposita en zanjas practicadas al intento, de la capacidad de unas doscientas barricas, y guarnecidas con tabloncillos de pino unidos exactamente, para que la parte líquida de la trementina no pueda derramarse.

Antes de pasar adelante se nos hace preciso advertir al lector para que continúe fluyendo del árbol la resina, de cuando en cuando débense renovar los bordes de la hendidura, haciéndola algo mas estensa: es decir en

una misma estacion no se pasará de la altura de diez y ocho pulgadas, y en las siguientes se hace lo mismo, pudiendo al fin llegarse á doce y catorce pies. Luego se practica otra hendidura al pié y al lado de la primera, y con ella se hace lo mismo, luego otra y otra sucesivamente, hasta seguir toda la circunferencia del tronco y volver á la primera que está ya cicatrizada.

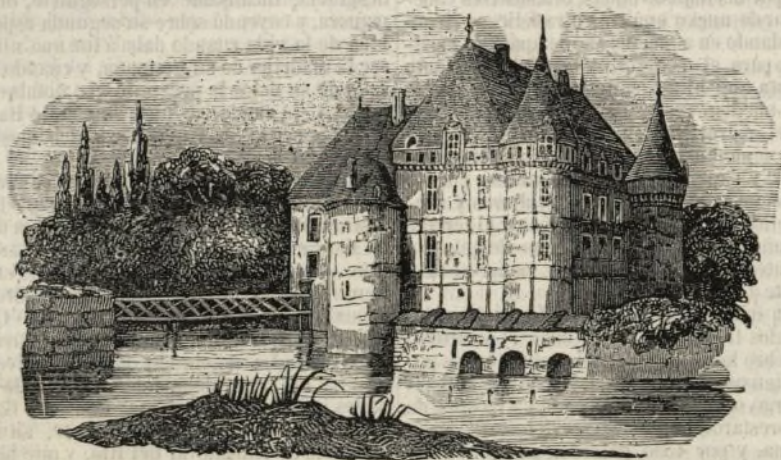
La trementina sujeta á destilacion con agua, produce lo que llamamos *esencia* ó aceite esencial de trementina, cuyo olor es muy fuerte, y que tiene diferentes usos. El residuo de la destilacion forma lo que llamamos *brea*.

La fabricacion de la resina, brea, alquitran y demas productos del pino, se ha perfeccionado muchísimo, y se hace la série de operaciones necesarias con suma exactitud y perfeccion por medio de los instrumentos sabiamente adoptados. La lámina que acompaña al presente artículo ha sido diseñada en Suecia, y representa la preparacion del alquitran. Los hornos escavados en el suelo, la tablazon, el embudo y demas enseres, están representados en el grabado, pues el dibujo fué copiado del natural en el mismo sitio de la fábrica.



Preparacion del alquitran.

ESTUDIOS MORALES.



Quinta de Buena Su rte.

REGINA.

I.

Entre los numerosos y pintorescos pueblos que besa el caudaloso Guadalquivir, hay uno llamado Almodóvar del Río, cuya situación al pié de una colina desprendida de Sierra Morena, no puede ser mas deliciosa; y es fama que de el los sarracenos hicieron una pequeña y elegante corte, como sobradamente lo demuestran sus cercanías, sembradas aquí de las ruinas de un castillo, allá de una plaza fuerte, murallas, torres, templos, etc. etc. Ni ocultan el azul de su despejado cielo, los picos enormes y gigantescos que en otros puntos levanta la fragosa sierra, pues antes al contrario la colina que la sirve de base es una floresta encantadora, que prodiga le envía en la primavera los mil perfumes de sus bellisimas flores, así como en invierno lo guarece y ampara de los helados vientos que recorren la cordillera. La dulce paz y el inalterable sosiego que en aquellos parages reina, revélase al parecer en las cosas que pudiéramos llamar mas insignificantes. El anciano en su tranquila frente, en su siempre feliz sonrisa la doncella, en su columpio de mimbre el gilguerrillo que de si mismo enamorado se besa una y mil veces en las transparentes aguas que le retratan, el pausado y agradable movimiento de estas, el tierno cabritillo que de triscar cansado baja á refrescar en ella sus secas fauces, todo en fin anuncia que la bienhechora mano del Criador ha derramado allí esa felicidad santa y religiosa, que ciego trueca el hombre por la agitacion destructora de las grandes capitales que para su propio mal ha fabricado.

A corta distancia de la villa y arrancando de las mismas aguas del río se eleva el terreno á manera de valladar, y á suficiente altura para que una quinta situa-

da en el llano que forma, pueda gozar á un tiempo de la deliciosa perspectiva que le ofrece la sabana de flores donde se halla tendida la villa y del suave frescor de las aguas del Betis. Eran los términos de mayo y la primavera casi eterna en la privilegiada Andalucía, ostentábase en el apogeo de su espléndida riqueza; los tibios rayos del sol comenzaban á bruñir los cristales de la quinta empañados aun con el rocío, en tanto que las casas de la villa estaban todavía envueltas en la dudosa luz del crepúsculo; un vapor ligero y trasparente como un velo de gasa, flotaba sobre las ondas del río, esperando solo un destello del astro rey, para desvanecerse, no de otra suerte que el afligido niño ansia una leve sonrisa de los labios maternos para disipar su angustia; millares de golondrinas saludaban con gritos de júbilo el benéfico albor de la mañana y presagían en sus desiguales giros á la oficiosa abeja que de flor en flor acopiaba materiales para su dulcísima obra; numerosos rebaños, mas bien acompañados que dirigidos por tiernos mas no menos robustos y bellos pastorcillos, bordaban las márgenes del Guadalquivir; aquí una cautiva yegua puesto el hocico sobre la enramada que le servía de prisión, observaba con ojos tristes los juegos y alegría de sus compañeras; allí una diestra cabra pugnaba por alcanzar la rama de un tomillo que al acaso nació en medio de una pelada peña; las flores de la vispera se reanimaban, los delicados capullos se entreabrian y todos, al paso que á la vista regalaban sus colores, embalsamaban los aires con su aroma; en una palabra al grato murmullo del río y de los olmos cimbrados por el viento; comenzaba ya á mezclarse el de las casas de la villa, cuyos moradores sin embargo no se preparaban para el trabajo, pues era domingo el día amanecido, y sus abuelos les habían enseñado que si bien el constante trabajo prepara la tierra, las fervientes oraciones son las que fertilizan su preciado suelo.

Ya ha montado el sol el horizonte; ya desapareció el

vapor del río; ya vuelven los gozosos pastorcillos de haber dejado en sus pastos los rebaños, y entrando en sus humildes casas parecen de nuevo en los umbrales vestidos con los que tienen para las fiestas; á la última campanada de las seis que aun resuena en la torre del lugar, principia la primera del toque de misa, á cuya señal se abren las puertas de la quinta para dar paso á tres personas, que dirigiéndose por una vereda que conduce al pueblo atraviesan un mar de trigo, cuyas espigas de oro infunden las mas ricas esperanzas, y ora los tres viajeros desparecen cubiertos por las hojosas ondas, ora sus tres cabezas vuelven á asomar de nuevo una tras otra felices y risueñas, como sobre nadando en aquel océano de apacible movimiento, rico tesoro para el poderoso y saludable sustento para el pobre, hasta que al fin saliendo de la vereda los tres paseantes, no pueden menos de detenerse á contemplar suspendidos el maravilloso espectáculo que se presenta á sus ojos, completando con el grupo que forman al sentarse la armonia y riqueza del mismo sublime cuadro que consideran. Decimos que son tres los viajeros y añadimos que dos de ellos son dos preciosas niñas y el tercero un jóven de mas años que ellas y de menos de veinte y cuatro, de cuya anterior historia debemos poner al cabo aunque ligeramente á nuestros lectores.

La guerra de la independencia tan fértil en celebradas hazañas y pregonados triunfos, y en la cual el mortífero plomo español quebró las alas del águila caudal cuyas poderosas garras tenían asida la suerte de todo un emisferio, fué sin embargo causa de que el conde y vizconde de A** que en ella prestaron eminentes servicios, quedasen sin salud ni fortuna, y por todo galardón pasasen de la memoria del deseado rey; así que olvidados, enfermos y con los pocos restos de su pingüe riqueza, se retiraron á Córdoba, donde por no separarse como cariñosos hermanos que eran, se casaron con dos hermanas que aunque como ellos pobres, hicieronles mas dulce, sino mas brillante, la existencia.

Ambas murieron en el mismo mes despues de algunos años, pues hasta en esto quiso la Providencia igualar á los dos hermanos, quedando al conde una hija que se llamaba Regina y al vizconde un hijo llamado Roberto, de quienes cada uno de los padres decia, tengo dos hijos, pues tal era el cariño fraternal que se profesaban Roberto y Regina á quien aquel llevaba diez y ocho meses. Cuando su madre y tía murieron, Roberto tenia seis años y ya se descubria en él entendimiento claro y un carácter dulce, afectuoso y franco, como si nunca llegara á ser hombre grave y como si ya hubiera dejado de ser niño. En cuanto á Regina era una niña tierna y en extremo humilde, cuyas lágrimas brotaban al menor incidente y á cuyos labios asomaba pocas veces la sonrisa; dotada de una extrema sensibilidad, no sabia manifestar sus afecciones y era tanto el intimo amor que á los suyos tenia, que no pensaba siquiera en la necesidad de demostrarlo, no era si se quiere hermosa, pero su semblante poseía un encanto tan indefinible que si bien su presencia no atraía mas que una mirada, dejaba un grato recuerdo al pensamiento; sus ojos azules eran inteligentes y melancólicos, el metal de su voz delicado y agradable, en la edad en que todo es alegría, ya amaba ella sufriendo, y en vez de las dulzuras de la esperanza, solo sentía la zozobra del temor.

Entristecidos los dos hermanos á consecuencia de su viudez, pero sostenidos por su mucho afecto, se esforzaban lo posible por hacer llevadera la hortandaz de sus hijos consagrando á una sólida al par que agradable educación sus débiles recursos; y sin pensar en un porvenir en el cual estaban seguros de no poder recrearse á causa de su avanzada edad y sus achaques, dejaron este cuidado á merced de la Providencia, y se limitaban á dulcificar el presente con tal fuerza de voluntad, tal ternura y tal unidad de pensamiento que produjeron resultados dignos de llamarse prodigiosos, si solo se considerase la medianía de sus

bienes de fortuna, y no se atribuyesen á la grandeza de sus almas.

El vizconde fué el primero que murió, y su hermano que contaba con él para apoyo de sus hijos cuando él dejase de existir, comenzó á temblar por el aislamiento que les esperaba; por cuya razon y teniendo una parienta jóven, pobre, de santas costumbres y que les quería mucho, juzgó que acaso algun día podría ser una segunda madre para Regina y Roberto, y con este pensamiento trató de inspirarle los deberes de tal y se casó con ella. Pero la desgracia, incansable en perseguirle, dispúolo de otra manera, y cayendo sobre su segunda esposa la privó tambien de la vida cuando daba á luz una niña. Regina quiso ser la madrina de su hermana, y cuando su padre traspasado de su dolor le preguntó que nombre quería que se le pusiese, la candorosa niña respondió llamémosla Margarita por ser la perla que tanto debemos estimar y guardar.

Cierto día, entre otros, que el conde estaba postrado en el lecho oyendo una lectura con que de sus pesares le distraía Roberto, y en tanto que Regina divertía á la tierna Margarita, en su regazo, le anunciaron que un caballero quería hablarle en secreto, con lo cual los niños salieron del aposento y dejaron el paso libre al desconocido, el cual no era otro que un escribano de Córdoba, que llevaba la noticia de que habia muerto una señora anciana en la ciudad, y nombrado por su universal heredera á Regina de A**, dejándole ademas de ochocientos mil reales impuestos en una casa fuerte de Cádiz, la quinta y heredad llamada de Buena-Suerte, situada á muy corta distancia de Almodóvar del Río, y que bien administrada podia rendir de cuarenta á setenta mil reales anuales. La alegría del infeliz anciano fué tan estremada, que tuvo un resultado funesto, pues tres dias despues, sus tres hijos lloraban sobre su sepulcro, y oraban á Dios por él; no obstante, antes de morir tuvo el consuelo de oír decir á Regina, que todo lo suyo pertenecía lo mismo á su hermana y á su primo, y cuando el moribundo conde quiso añadir algunas mas palabras á las de la gratitud que lo tributaba, la muerte no se lo permitió, y solo pudo levantar sus apagados ojos al cielo que ya le destinaba un privilegiado lugar á su espíritu.

Día triste fué sin duda el en que los tres niños, de los cuales el mayor apenas frisaba con los veinte años y la menor con los once escasos, se vieron forzados á organizar por si mismos su existencia. No les quedaba un pariente que los guiase por el difícil sendero de la vida, ni un amigo á quien pedir consejo, pues los que en tal concepto consultaron les dijeron que seria conveniente á las dos hermanas el separarse de su primo, mas ellos acaso que tenían un alma mas elevada y unos sentimientos mas puros que sus consejeros, rechazaron denodadamente una proposición que para los tres conceptuaban como una desgracia, y que en particular Regina juzgaba como un perjurio, puesto que habia prometido á su moribundo padre ser la hermana de Roberto lo mismo que la de Margarita, y así fué que cuando determinó el arreglo de su sucesión, la primogénita del conde de A** dijo á los compañeros que lo mejor que podían hacer era irse á vivir á su hacienda de Buena-Suerte, lo cual no extrañó Roberto ni se le ocurrió agradecerlo, porque lo creía muy natural, y los tres partieron hácia la villa de Almodóvar, bien agenos de que el mundo podía criticarles; desde entonces no se les volvió á ver en Córdoba, y sus habitantes olvidaron al poco tiempo los ricos descendientes de los desgraciados condes.

Los primeros meses de su permanencia en la quinta fueron tristes, como los pensamientos que llenaban de luto sus corazones, y cuanto mas risueño se les presentaba el porvenir, tanto mas sentían la ausencia eterna de aquel los queridos seres que tanto hubieran gozado en su dicha, pero como quiera que los intensos dolores han de ir cediendo de surigor con el trascurso del tiempo, y convertidos en con-

soladoras lágrimas han de reanimar los abatidos espíritus, sucedió que los tres huérfanos dieron luego libre rienda al llanto, á este siguió la melancolía y por último, de todos sus sinsabores únicamente les quedó un recuerdo religioso y tierno que constituía para sus almas una simpatía de mas: habían llorado juntos, y juntos enviaban sus preces al Todo poderoso.

Regina no había necesitado pensar en sus deberes para llenarlos en toda la estension que comprendían, y si la suerte hubiera querido que Roberto fuese su única pasión hubiera permanecido en el mismo estado que cuando empezó á sentir, esto es, grave hasta el extremo de la tristeza y reservada hasta el del silencio, pero al ver á su hermanita tan alegre y feliz, no imaginó prudente abandonarse de un todo á la tendencia de su carácter, y así como la riqueza la había hecho sin esfuerzo generosa, así la abnegación la hizo franca y risueña. Al crear la adolescencia en ella una virtud por cada una de sus cualidades, no perfeccionó sin embargo su hermosura, y así era menester tratarla y conocer á fondo su alma, para descubrir cierta belleza de que no estaba destituido enteramente su rostro; aunque no escasa de estatura era tan delicada que le faltaba el desembarazo y libertad de movimientos propios de la juventud robusta, su mirada inteligente y al mismo tiempo llena de ternura hacia resaltar la palidez de su cutis, y aun su misma sonrisa era de la que al parecer nos impone el cumplimiento de un deber sagrado; no obstante Regina puede decirse que era feliz en cuanto puede serlo una joven de prematuros padecimientos, y rodeada de las personas que ama.

Ya en la época de que hablamos habían trascurrido cinco años desde que los tres huérfanos vivían en la mas tierna y deliciosa comunidad. Margarita tenía diez y seis años, y merced á los desvelos de Regina y Roberto, era cumplida en su educación y carácter, uniendo la sencillez á la modesta alegría y á la ternura mas interesante, y como su hermana y su primo miraban como suele decirse, por sus ojos, era el gozo y la bendición de la casa; aunque se parecía á Regina, era en extremo hermosa y cuando se las contemplaba juntas podía llamarse á la una el ángel tutelar de la otra. Amábalas Roberto á entrambas con esa clase de afecto intenso y puro que rara vez conciben los hombres, y que sin embargo es el mas grato á los ojos de Dios, y así llevadas por el tiempo corrían sus tranquilas existencias á la manera que tres unidas hojas de una rama lleva la limpida corriente de algun río. Caritativos, devotos y estudiosos, ni guardaban en sus hechos secreto alguno, ni sufrían la mas mínima molestia en complacerse, y como todas sus acciones eran siempre pruebas de su mútuo cariño, jamás sentían la peligrosa tentación de decirse que eran indispensables los unos á los otros, pues la confianza á quien debían su ventura, había hecho nacer la reserva que aseguraba su tranquilidad; como hemos dicho sus días pasaban rápidos y serenos en una invariable sucesión de ocupaciones y deberes que para ellos eran mas bien motivos de placer. Amantes de la naturaleza como todos los corazones sencillos, y del estudio como todas las almas elevadas y graves, distribuían su tiempo entre los paseos, que por lo ordinario llevaban siempre un objeto útil, y las lecturas amenas é instructivas que despues servían de sabroso pasto á sus conversaciones. Durante la bella estación primaveral, vigilaban por sí mismos las operaciones y labores del campo, y cuando volvía el invierno iban muchas veces á muy larga distancia á socorrer familias indigentes, que descubrían por los instintos de su caridad, de modo que en muchas leguas á la redonda sus fisonomías estaban siempre presentes á los ojos de gran número de infelices, sus nombres iban mezclados en todas las oraciones, sus recuerdos habitaban en todos los corazones y podían estar seguros de que siempre que aquella buena gente les dirigía un saludo le acompañaba una bendición interior.

En cuanto á zaherir á las dos jóvenes por que vivían bajo el mismo techo que su primo, baste decir que los impios clamores de Córdoba no hallaron un eco que los repitiese en aquella comarca donde tributaban el mas respetuoso cariño á los tres hermanos.

—Regina, dijo levantándose Margarita á su hermana y Roberto que aun seguían sentados, puesto que dices que la misa no empezará hasta dentro de media hora voy á hacerte un ramillete.

Y diciendo esto echó á correr entrando en el campo de trigo, donde iría á coger maravillas que lo fuesen tal vez menos que su cara.

—¡Qué encantadora! dijo Roberto, siguiéndola con la vista; es tan feliz como nosotros aunque ignora lo que son padecimientos.

—¡Quiera Dios que sea eterna en ella esa felicidad! respondió Regina.

—¿Y por qué no lo ha de ser?

—No sé, Roberto; pero á veces me ocurre esta idea y aunque logre ahuyentarla de mi pensamiento, me deja tan triste!... Has dicho que ignora lo que son padecimientos y eso es precisamente lo que me hace temblar, porque le parecerá que su vida es incompleta, pues como dicen que vamos buscando la felicidad hasta que encontramos las lágrimas....

—Eso puede ser cierto para los que no han fijado su suerte; pero nosotros, Regina, que hemos elegido nuestra existencia y que no deseamos cambiarla, no deberíamos abrigar temores por el porvenir.

—Dios te oiga y te bendiga, Roberto; porque acabas de decir una cosa muy grata á mi corazón, y por lo mismo que me es tan dulce mi estado actual quisiera estar segura de que no había de variar, pero para eso es necesario que Margarita piense lo mismo que nosotros, porque de lo contrario tanto tú como yo, que hemos prometido velar por su felicidad seríamos egoístas.

—Margarita es todavía una niña, querida prima. Mirala saltar en los surcos, muy mas fresca que las flores que pisa y mas gozosa que la calandria que cantando se cierne sobre su cabeza. Ya viene; déjame preguntarla si está contenta con su destino y verás como ella misma hace desaparecer tus dudas.

—¡No; no, nada de preguntarle! interrumpió con presteza Regina, si la preguntaras podría creer que hay alguna otra cosa mejor que nuestra suerte presente. Déjmosla que lo adivine, que no tardará mucho.

No bien Regina hubo acabado de decir esto, cuando Margarita arrodillándose delante de ella puso en su falda un magnífico ramillete de flores campestres, todavía humedecidas por el rocío de la noche.

—Todo eso es para tí, hermana mia, dijo con su encantadora sonrisa, y á tí no creas que te haya olvidado Roberto, mira este pensamiento que estaba escondido entre la yerba, y que yo acerté á descubrir, aunque su color es modesto y no tiene fragancia; toma, pónlele en el ojal para manifestarme que no estás celoso del magnífico ramillete que he regalado á mi hermana.

—¡Celoso! prima mia, bien sabes que ninguno de nosotros puede estarlo nunca. ¿No soy yo vuestro hermano?

—Se me había olvidado, dijo Margarita poniéndose colorada; pues dame esa flor y te traeré otro ramillete grande como el de Regina.

—No, querida mia, ya es tarde, dijo esta abrazándola con ternura, estoy oyendo el toque de misa y no tenemos mas que el tiempo preciso para llegar á la iglesia.

II.

EL DESCUBRIMIENTO.

Y era así en efecto, pues una campana de sonido tan claro y penetrante como pudiera ser el canto de un niño,

tañía lentamente, y sus sonos, llevados por la brisa y repetidos por los ecos, acababan de llegar a los oídos de los huérfanos. Mas no eran estos los solos que se apresuraban, sino que a aquella señal, las orillas del río, los senderos de las tres colinas, las tortuosas alamedas de los bosques, los lindes de los sembrados, se poblaron súbito del modo mas imprevisto y pintoresco, sin que ninguna de las numerosas figuras que vestían aquel precioso paisaje marchase aisladamente, como suelen esos imaginativos paseantes que se encuentran en las avenidas de las grandes poblaciones, porque todos tenían familias que les ayudasen en los trabajos y les acompañasen al rezo; confundíanse allí el amo y el criado, el esposo y el padre, el hermano y el novio, en una palabra no se distinguían clases ni condiciones porque la benevolencia inspiraba todas las ideas y la pureza brillaba dulcemente en todos los semblantes.

Regina, Margarita y Roberto se mezclaron a la turba que les conocía, y les amaba como se dejaba ver por la familiaridad respetuosa con que cada uno les hablaba, y ellos a su vez dirigían a todos preguntas dictadas por sus mismos intereses y que la gratitud satisfacía.

En el momento en que cesó en su toque la campana, abrióse de par en par la gran puerta de la iglesia, y la multitud entró por ella apresurada, si bien con el debido recogimiento, y Regina al pasar por delante del altar de la Virgen, depositó a los pies de la madre del Salvador el ramillete que Margarita le había regalado, lo cual visto por esta dió las gracias a su hermana con una sonrisa envidiable aun para los mismos ángeles.

Terminado el oficio, los hombres quedaron reunidos en la plaza del pueblo, las mugeres se fueron a sus labores domésticas, los muchachos se dispersaron por las risueñas colinas y los huérfanos volvieron a tomar



Regina y Margarita.

la vereda que por medio del campo del trigo les conducía a su morada.

—¿Qué mañana tan deliciosa! dijo Margarita. Me parece, Regina, que nunca ha estado la primavera tan hermosa como este año ¿y tú Roberto, qué dices?

—Digo, respondió Roberto que esta primavera es con corta diferencia tan hermosa como las de los años anteriores, pero que te parece mejor porque eres mas feliz.

—¿Y por qué soy mas feliz?

—Porque la felicidad prolongada se aumenta.

—¿Y que imaginas tú que dentro de un año me parecerá el sol mas brillante, mas bonitas las flores y nuestro jardín mejor de lo que está hoy?

—Sin duda.

—¿Y tú tambien lo crees, Regina?

—¿Yo hermana mia? ¿y por qué me lo preguntas a mí cuando Roberto acaba de darte una respuesta tan satisfactoria?

—Porque yo no puedo figurarme que llegue un día en que sea mas feliz que ahora.

Roberto dirigió a Regina una mirada con la que al parecer quería decirle: ¿ves como tenia razon? Regina se sonrió dió un abrazo a Margarita y todos entraron en la quinta.

La misma noche del día cuya alborada hemos intentado describir en el capitulo anterior, Regina retirada en su dormitorio púsose a leer, como tenia de costumbre, en un libro de devoción, y concluida su lectura, llevó la

vista accidentalmente hacia un libro viejo de oraciones que había pertenecido á su difunta bienhechora, y aunque de principio no fué su intento ocuparse de él, un instinto de curiosidad, ó mas bien una voz secreta le hizo levantarse de su asiento y tomar el objeto que momentáneamente y á su pesar le interesó. No bien le tuvo entre las manos se echó á reír advirtiéndole su puerilidad, pues como era de esperar en todo el Encologo no había cosa digna de despertar la atención, y yase disponia á volverlo á su sitio, cuando notó que hacia el fin del libro había alguna cosa que impedía se cerrase perfectamente; volvióle á examinar, y no sin cierta conmoción encontró un pliego cerrado con cinco sellos de lacre negro, sobre el cual pliego estaba escrito de puño y letra de la difunta testadora. «Codicilo á mi testamento del 9 de mayo de 18.... en este (respectamos la ortografía de la anciana) se contiene mi última voluntad.»

—; Su última voluntad! dijo Regina dejando caer de sus trémulas manos el fatal papel. ¡Cuán desgraciada sería, Dios mio, si los bienes de que estoy gozando perteneciesen á otro! ¡El cielo es testigo de que no temo la pobreza, pero no podría soportar la idea de que por una equivocación, poseo la fortuna que no estaba destinada para mí; voy á avisar al instante al escribano que tenía el primer testamento para que no se dilate un punto la debida justicia. Y tomando una pluma, escribió la siguiente.

Posecion de Buena-Suerte, domingo en la noche.

«Muy señor mio:

«Por casualidad he descubierto en un libro que fué de doña R. de M. un pliego sellado, cuyo sobre dice que se contiene en él la última voluntad de la difunta, y como no tengo prueba alguna que me convenza de que dicha señora no revocase las disposiciones que anteriormente hizo en mi favor, ya puede vd. pensar que deseo aclarar este asunto cuanto antes. Ignoro lo que hay que hacer en semejantes casos; pero vd. debe saberlo y yo advertirle que estamos prontos á salir de esta posesion desde el momento en que se nos notifique que no tenemos derecho para ocuparla.

Escribo á vd, esta carta por un propio para que sesirva vd. contestarme lo mas pronto posible á fin de que se termine el desagradable estado de duda en que estoy, no teniéndola en que satisfará vd. mi justa impaciencia, y repitiéndome su S. S. Q.-B. S. M.

REGINA DE A**.

—; Quién me hubiera dicho, dijo cerrando la carta, que había de llegar un día en que sintiera no ser sola en el mundo! Y sin embargo ahora me sucede, porque si por mí no temo la pobreza, la tiemblo por Margarita que nunca la ha conocido y por Roberto que ha renunciado á seguir una carrera, con tal de consagrarse á nosotras. ¿Qué será de él cuando le diga que ya no tengo asilo que ofrecerle? ¿No tendrá derecho para argüirme por haberle perdido, y cuando quizá ha bendecido mi amistad, no maldecirá mi egoísmo? Sin embargo, yo estoy muy segura de que él en mi lugar habría hecho lo mismo, porque los deberes de la conciencia son mas sagrados que los del cariño. ¡Protegedle, Dios mio! y sobre todo cúmplase vuestra voluntad!

Fortalecida Regina con la determinación que acababa de tomar quedó mas tranquila, y despues de haber dado la carta á un criado para que al rayar el día se pusiese en camino y la llevase á Córdoba, volvióse á su dormitorio, donde comenzó á pedir á Dios suficiente resignación si disponia privarla de su actual felicidad. Pero mientras oraba con todo el fervor de que era capaz la ternura de su alma, su memoria pintábase con implacable verdad los cinco años que habían corrido tan dichosos para ella y para los que amaba. Todo el pasado, día por día, hora por hora se le presentaba, y sin embargo hasta entonces

no había necesitado pedir felicidad á los recuerdos. ¿Cómo pues los veía tan vivos, tan brillantes, cuando hubiera querido poder olvidarlos para darse mas ánimo, y cuando solo pedia á Dios resignación y esfuerzo? ¿Será porque cuando se nos huye una dicha queremos todavia contenerla con el pensamiento, y á la manera que los moribundos luchan contra la muerte, combaten los desafortunados contra la desgracia? ¡Y cuán inútil y triste es el combate cuando sus resultados han de ser una cruel derrota y cuando ha de aumentar el peso de la desdicha que sin él es fuerza sustentar! Así que la felicidad podemos asemejarla á esas risueñas regiones que atraviesa el viagero contento pero indiferente, y cuyas bellezas ni descubre ni estima hasta que ha llegado á la cima de la áspera montaña donde el destino fija para siempre su existencia. De esta suerte Regina no solo veía sucederse ante sus ojos el misterioso séquito de sus preciosos goces que iban á convertirse en aflicciones, sino que su memoria le traía ademas los varios proyectos que formó para el porvenir y tenía que darle el nombre de ensueños á todo lo que hasta aquel punto había saboreado como dulces esperanzas. ¿Quién la sustituiría en aquel país donde todos la querían? ¿Quién llevaría á cabo los beneficios que había pensado hacer y ya tenía principados? ¿No la olvidarían todos aquellos seres tan caros para ella y de quienes se juzgaba indispensable? Cuando volvería á aquellos sitios, y si volvía, encontraría acaso la misma agradable sonrisa en los mismos semblantes, ó pasaria como una estraña sin atraer mas que miradas indiferentes? Así la desdichada jóven oraba; mas ¡ay! ¡cuánto mas que ella que solo tenía que hacer el sacrificio de la felicidad de cinco años, tienen que orar los todavia mas desdichados que han visto en un punto desechos los lazos lentamente anudados por el tiempo! Ella iba á dejar el techo que había abrigado su pacífica existencia, pero no abandona la tumba de sus padres, ni renuncia al afecto que debía á las virtudes de sus abuelos; iba á dejar de oír las voces amigas que dulcemente alagaban su oído, no á huir de esos sitios queridos donde los años no pueden impedir que aun resuenen en él los ecos de la voz que amábamos! El asilo que iba á perder, era una choza que en su camino le ofreció la casualidad, no el hogar paterno donde sus ojos recibieron la luz primera y donde su pensamiento podía decirle: «Aquí debes morir, porque aquí han muerto todos los tuyos.»

A la mañana siguiente, no bien su luz pura hubo mostrado el alba, cuando Regina entró en el cuarto de Margarita que estaba contiguo al suyo, pues nunca mas que entonces necesitó recoger la primera mirada de la candorosa niña, á quien desde que nació amaba como la madre mas tierna. Aun dormía Margarita, pero ya la sonrisa entreabria sus rosados labios, y la vida, aunque sin la acción del pensamiento, animaba siempre su frente tan radiante durante la inmovilidad del reposo, como en la actividad del movimiento. Uno de sus brazos alabastrinos, echado hacia atras servia de apoyo á su encantadora cabeza, y abandonado el otro sobre el pecho contaba al parecer los latidos de su corazón; cuanto tiene la gracia de mas suave, de mas divino la inocencia y la pureza de mas sublime resplandor, otro tanto brillaba en su tranquilo rostro dotado de una rara hermosura tierna á un tiempo y pudorosa. De vez en cuando intentaba su boca entre sonrisas pronunciar un nombre, pero al instante volviase á cerrar como temiendo revelar un secreto que acaso se decía á si misma en el misterio de un sueño.

Regina se sentó á los pies de la cama de Margarita, menos pesada que un pajarito al posarse en una rama, y se puso á contemplarla con la mas dolorosa ternura.

—;Pobre niña! decía para sí, ignora mis temores, y sus sueños le prometen sin duda la larga duración de una felicidad que apenas es ahora para mí una ligera esperanza. En cuanto á mí, no tendré mas que recordar mis primeros años, para resignarme al infortunio; pero

ella tendrá que aprender poco á poco la desgracia como una ciencia de la cual ignoraba hasta el nombre. ¡Ah! cuánto va á padecer cuando llegue el momento de dejar esta pacífica y agradable morada para encerrarse en las estrechas y sombrías calles de una de esas colmenas humanas á que llaman ciudades! ¿Ni como, acostumbrada á los perfumes de los prados, á la sombra de los bosques, á las armoniosas brisas de los valles podrá acostumbrarse á respirar, á ver, á oír la espesa atmósfera, la luz del día sin misterio ni replandor alguno, el enojoso estruendo de las ciudades? Su juventud, su belleza ¿no se marchitarán como las plantas amorosas que nacen al aire y al sol y que se arrancan del terreno que las ha dado vida para encerrarlas en la cárcel de una azotea? ¡Ah! y ¡cómo siento ahora que la Providencia le haya sonreído, consintiéndola en que será eterna su sonrisa! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío! trocad mi destino si tal es vuestra voluntad, pero que vuestra benevolencia deje intacto el suyo.

Aquí llegaba, cuando el brazo de Margarita que descansaba sobre su pecho, se agitó como queriendo comprimir un movimiento del corazón; volvió á entreabrirse su boca y con indefinible ternura dió al viento el nombre de Roberto.

—¡Roberto! repitió Regina en voz baja. ¡Está soñando con Roberto!.... ¡Pobre niña! quizá será mas desgraciada de lo que yo creo.

Al nombre de Roberto, repetido como por un eco de su alma, despertóse Margarita estendiendo los brazos para rodear como de costumbre el cuello de su hermana. —¡Qué sueño tan delicioso he tenido, dijo apoyando su risueña y preciosa cabeza en el hombro de Regina; pero tambien el despertarme ha sido delicioso. En todas partes me sigue ó me espera la felicidad.

—¡Querida Margarita! si Dios quisiera dejarte siempre en esa creencia!

—¿Y por qué no me ha de dejar? ¿No me habeis prometido tú y Roberto estar siempre conmigo? ¿y no sois vosotros toda la felicidad que yo tengo en el mundo?

—Yo seré fiel á mi juramento, querida mía, mientras mi presencia te sea necesaria, pero Roberto no es mas que primo nuestro; no tiene fortuna, puede desear ó verse precisado á crearse una existencia independiente de los caprichos de la suerte... Y entonces ya ves que tendria que separarse de nosotras.

—Bien, aun quedaré contigo, amada Regina, dijo Margarita mudando de color por la vez primera de su vida, y dejando caer los brazos que hasta entonces habian estrechado á Regina. Pero ¿por qué me hablas tan tristemente? dijo forzando una sonrisa de incredulidad, como si se resistiese á creer en la posibilidad, de una desgracia. Ayer sin ir mas lejos, nos decia Roberto que no podia concebir nada mas dulce que su existencia presente.

—El destino es mas poderoso que la voluntad de los hombres, Margarita; y así como la Providencia nos ha hecho ricos, puede tambien hacernos pobres, en cuyo caso nuestra primera obligacion debia ser esforzarnos para que Roberto, que aun puede hacer su carrera, se separase de nuestra mala suerte.

—El no querrá.

—Es muy posible; pero si él no quiere es menester que nosotras queramos.

—Mi corazón me dice que preferirá no separarse de nosotras.

—Tambien el mío, pero al mismo tiempo me anuncia que seriamos propensas y capaces del egoismo si tal consintiesemos.

—Verdad es, dijo Margarita volviendo la cabeza para ocultar una lágrima que asomaba á sus hermosos ojos; de modo que mi sueño no será mas que un sueño.

—Solo Dios lo sabe; pero ¿qué es lo que soñabas, querida mía? ya que me dices todos tus pensamientos me parece que tambien podré saber tus sueños.

—Soñaba, que estaba cubierta con un grande velo blanco prendido á la cabeza... y que tú con tu voz dulce y tierna me decias, poniendo mi mano, que por cierto me temblaba mucho, en la de mi primo: «Margarita, este es tu esposo, quíerele mucho;» y yo lloraba de felicidad y al mismo tiempo me sonreía por tu recomendación.

—Indudablemente ese sueño es muy hermoso, dijo Regina con una conmoción mas dolorosa que el mismo accidente que la provocaba. ¿Pero no piensas, Margarita, que si ese sueño llegase á realizarse, no habia lugar para mí en tu felicidad?

—¿Qué no habria lugar para tí en mi felicidad, Regina, cuando eras tú quien me la proporcionabas! ¿Me crees tú desagradecida y olvidas por ventura que tú has sido la que has formado mi corazón?

—Convengamos por lo menos en que no habria igualdad en nuestros afectos; ¿qué seria yo para Margarita cuando fuese esposa de Roberto? ni para este, cuando fuese marido de Margarita? ¿y qué seria para entrambos, cuando tuviesen hijos?

—No te entiendo, Regina, porque nunca me has hablado como hoy y siento dentro de mi alma que no sabria gozar una felicidad que contribuyese á disminuir mi ternura para contigo.

—¡Eres un ángel! exclamó Regina, abrazando á su hermana con la mayor efusion, y acreedora á las mas grandes felicidades que puede Dios conceder á los mortales.... ¿Quisieras tú casarte con Roberto? continuó procurando conservar tranquila la voz. Vamos, ábreme tu corazón, querida mía. Ya sabes que prometí á papá velar por tí como una madre y ya ves que no lo olvido todo, como hace un momento me acusabas.

—¡Dios mío! creo que te lo he dicho todo, hermana mía. Yo me encuentro perfectamente feliz en el estado actual, me parece que no deseo cambio alguno en mi suerte; pero si habia de haber alguno, añadió sonrojada y ocultándose en el rostro de Regina, quisiera que fuera el que acabas de decir, siempre que no alterase en nada tu cariño.

—¿Quién ha de alterar mi cariño Margarita, ni disminuirle en lo mas mínimo! Pero, vamos á ver, continuó con voz no muy segura ¿crees tú que Roberto piense del mismo modo? porque esto seria una gran dificultad de menos, y por lo demas, no hay mas que resignarse á la voluntad de Dios.

—Yo no sé nada con respecto á Roberto, sino es que siempre es muy bueno para mí, ni mas ni menos que tú; pero aunque así fuese no quisiera que se le hablara de nada de esto porque si algo se ha de hacer, quisiera mejor que saliera de él.

—Déjalo á mi cuidado, Margarita, dijo Regina, que yo tendré siempre en cuenta tu dicha y tu dignidad.

—Solo una cosa me atormenta, Regina, pero no te lo quiero decir porque temo ofenderte.

—Habla, querida mía, que á mí no me puedes ofender nunca; ¿qué es lo que te atormenta?

—Que Roberto me ha dicho que él y yo éramos pobres y que de los tres solo tú eres rica.

—No sé si soy rica, dijo tristemente Regina á cuya memoria vino el suceso de la pasada noche; pero si sé de cierto, que si llego á poseer algo os pertenecerá lo mismo que á mí, y Roberto es demasiado orgulloso si piensa de otro modo; pero volviendo á tí, Margarita, pide á Dios que bendiga tus nuevas esperanzas que yo á las tuyas unire mis suplicas.

Y al decir esto se hincó Regina de rodillas sobre el travesero de la cama de su hermana y esta volvió á echarle al cuello sus alabastrinos brazos, en cuya postura permanecieron ambas largo rato, unidos sus corazones en una misma invocación, aunque de diverso modo afectados, pues Margarita espresaba un voto y Regina ofrecia un sacrificio, es decir, que á los cielos subian á un tiempo, la voz de un ángel y los comprimidos suspiros de una santa.

(La conclusion en el número inmediato.)

ESTUDIOS RECREATIVOS.

UN HOMBRE INDISPENSABLE.



n un lujoso escritorio de la Rambla en Barcelona, don Jaime Mataró, rico comerciante, cuyo establecimiento de telas de algodón rivalizaba á fines del siglo pasado con el de los señores Lambert y compañía, franceses de nación, muy protegido por la corte y el favorito, estaba una no-

che de pie inclinado sobre su libro mayor, del cual examinaba con satisfactoria sonrisa el *debe* y el *haber*; á su lado el dependiente principal de la casa, Lorenzo, daba algunas cabezadas, aunque sin soltar la pluma de la mano.

—Tiene razón, dijo entre sí don Jaime sacando su reloj; son las doce y el pobre muchacho está trabajando desde la siete de la mañana.

Y en seguida el mismo comerciante cediendo á la necesidad de descanso se dejó caer sobre un sillón.

Era la época en que se acababa de firmar la paz con la república francesa, y el principado de Cataluña empezaba á sentir los buenos resultados de este acontecimiento, por desgracia tan poco duradero. Al través de la oscura nube que cubría el horizonte político de Europa, entreveíase un porvenir mas tranquilo, y esta esperanza iba reanimando el comercio y la industria catalana; los puertos se abrian, se establecían las comunicaciones, y había en fin mas crédito y mas numerario. Don Jaime que no perdió el tiempo durante la guerra, menos cruel para él que para el resto de sus paisanos, gracias á ciertos abastos que tuvo á su cargo, supo aprovechar tambien mejor que otro alguno aquel destello brillante, pero efímero de paz, y con su talento y actividad, logró triplicar su fortuna en breve espacio, contribuyendo á consolidarla el invento de una máquina de hilar por la que obtuvo un privilegio esclusivo. La perfección que con este auxilio dió á los productos de su fábrica, hizo que estos se buscasen con avidez y se vendiesen á buen precio, al extremo que para denotar la finura de las telas se las designaba con su propio nombre, como por ejemplo, el percal mas superior se llamaba *percal de Mataró*, etc. En este mundo todos tenemos marcada nuestra línea lo mismo en la prosperidad que en la desgracia, de la que no pasamos nunca; don Jaime, sentado en un sillón, como hemos dicho, creía haber llegado al apogeo. Rico y joven aun, pues apenas contaba cuarenta y cinco años, estaba casado con una muger de treinta y ocho que no representaba mas que treinta, á quien amaba y de quien era correspondido, y

tenía dos hijos, el mayor, llamado Antonio, de veinte años de edad, joven sin experiencia pero de las mas brillantes disposiciones, y Agueda, niña de diez y siete años, linda como el amor. Tal era la familia de don Jaime Mataró, á quien pródiga la Providencia, ni le habia escaseado los bienes de fortuna ni las felicidades domésticas.

No es muy comun ciertamente reunir tales elementos de ventura, y mas aun si á esto se añade, que el porvenir, gracias á un esposo y á un padre inteligente y solícito, presentaba mejor aspecto que el presente y el pasado. Acumulando todas estas circunstancias favorables, como un negociante las sumas de sus ganancias, don Jaime por primera vez en su vida, se asustó de su dicha y temió la muerte, no por él sino por su familia.

—¿Qué será de ella, decia, cuando yo les falte? Qué hará mi pobre muger que tanto me quiere y que solo á mi puede amar? Acabará tal vez sus dias en una viudez prematura; no habrá para ella en el mundo alegría ni placer; el lúgubre traje negro de las viudas, reemplazará los hermosos vestidos que hoy ostenta! Y mi hijo... mi querido hijo... arrojado en el mundo, sin el solo guía que podría conducirlo á través de tantos precipicios, qué será de él? Marchitarán su juventud, le separarán del camino en que yo le he puesto, y se perderá sin remedio. ¡Y mi hija! ¡ah! morirá de dolor, si; yo la conozco, no podrá soportar la falta de su padre. ¿Quién hará marchar mi fabrica, Dios mio, si por una casualidad muriese yo esta noche? Mis obreros perecerían de hambre, todas estas gentes honradas y laboriosas que viven de una industria que yo sostengo, no podrían atender á las necesidades de sus mugeres y de sus hijos. ¿Quién seguirá mis negocios si yo faltase? ¿Qué será de ese pobre Lorenzo, que ahora duerme sobre su pupitre, como si estuviese en la cama, si yo le falto, que sé soportar sus distracciones y corregir sus errores?

Se condolia nuestro fabricante de este modo por la suerte de aquellos que de él dependían, cuando abriéndose muy despacio la puerta del escritorio, entró su dogo favorito y fué á colocarse entre sus piernas.

—Y tú tambien, añadió mentalmente acariciando al perro, tú tampoco podrias vivir sin mí, pobre Azor.

Azor que en efecto, recibía un excelente trato de su amo, le lamia las manos como reconociendo la justicia de sus reflexiones; entonces don Jaime alzando los ojos al techo del aposento, y dirigiéndose á aquel á quien Pope llama tan admirablemente *faher of all*, el padre de todo y de todos, exclamó:

—Dios mio, conservadme, prolongad mis dias, no por mí, sino por todo cuanto me rodea, por esos seres á quienes hago dichosos... Mirad, señor, que con el mismo golpe con que destruireis vuestra criatura, herireis tambien á una familia inocente, á un centenar de artesanos laboriosos, y hasta á este pobre animal, obra igualmente de vuestras manos.

Diciendo esto acariciaba á Azor.

—Bien conocéis, Dios mio, prosiguió, que soy un hombre indispensable, y difícil de reemplazar.

Después de esta oracion jaculatoria, que le llenó de confianza en la Providencia, se levantó Mataró y fué á despertar á su dependiente.

—Vamos, Lorenzo, le dijo, bastante has trabajado, amigo mio, ya es hora de que nos acostemos.

Lorenzo frotándose los ojos y desperezándose

—Qué... que hay? voy, si señor, ya voy.

El fabricante y el dependiente salieron del escritorio, dirigiéndose el primero á su alcoba mientras el segundo trepaba á su camaranchon.

A la mañana siguiente don Jaime se sentó á almorzar con su familia, fresco y rozagante. La Providencia habia escuchado sus ruegos, y convencida de que era un ser indispensable le conservaba la vida; sin embargo, cierto asunto debia comprometer su tranquilidad. Recibió de Benarés, ciudad santa de los Indos, una carta en la cual le participaban que un tal Mr. Stevenson que le debia cierta suma considerable, estaba enfermo del hígado, y se creia que apenas viviria un año. La carta tenia fecha de cuatro meses cuando Mataró la recibió, por manera que solo le restaban á Mr. Stevenson ocho meses de existencia. ¿Qué debia hacer pues, don Jaime? ¿renunciar á una cantidad de importancia? Esto no era razonable ni justo; un padre de familia no tiene derecho de abandonar cantidades que legítimamente le adeuden, las cuales deben formar parte de la herencia de sus hijos. ¿Deberia mandar algun comisionado? Esto no era posible porque los documentos de don Jaime no estaban en regla, pues el negocio en cuestion casi todo se habia verificado bajo la buena fé de que suelen usar los negociantes á menudo en sus tratos. Era de creer que Stevenson no pagaria á un extraño, pero si á Mataró, pues este le recordaria las palabras dadas y los servicios prestados. No habia mas remedio que marchar, y marchar pronto. Por otra parte, don Jaime era indispensable en Barcelona, como él mismo decia; reflexionó mucho, titubeó largo rato y por fin se decidió á partir.

—La muerte, se decia á si mismo, es un viage del cual no se vuelve; pero no sucede así del que yo voy á hacer, solo se trata de estar un año ausente, nada mas; verdad es que es bastante, pero el impulso que dejaré dado á mi familia, á mis trabajadores, y á mis negocios bastará para que todo marche perfectamente en el año y mas si fuese preciso. Daré instrucciones á todos; á mi muger y á mis hijos les dejaré encargado lo que han de hacer todos los meses, todas las semanas, todos los dias y aun todas las horas; dejaré cubiertas por todo el año las atenciones de mis dependientes y sobrestantes; mis instrucciones harán que no me echen menos. ¿Qué seria de ellos en otro caso? En mi ausencia les animará mi recuerdo, y á mi vuelta hallaré hilada la cantidad de algodón que yo haya designado y espendidas las mercancías por mi destinadas para la venta y nada mas. Sé muy bien, añadía entre si, que no se disminuirá el amor que me profesa mi muger, ni el cariño paternal de mis hijos.

En casa del comerciante no habia mas voz que la suya y sus palabras se escuchaban como las de un oráculo; convenció á todos de la necesidad de su viage y partió en medio de los llantos de su muger y de sus hijos, embarcado en un hermoso bergantin que se hacia á la vela para Calcuta, llamado el Buenaventura. Era este buque enteramente nuevo, muy velero y mandado por espertos oficiales. Llevaban un viage feliz, andaban muchas millas por hora, y caminaban siempre á todo trapo hacia aquel extraordinario pais en donde adoran á los cocodrilos y en el que las jóvenes se arrojan á la hoguera donde se consumen las cenizas de sus ancianos esposos. Al cabo de pocas semanas, iba nuestro héroe á beber el agua del Ganges y á hacer sus abluciones en el rio sagrado, ni mas ni menos que un brahma, cuando se le antojó al mar dar al traste con su tranquilidad, los vientos se desencadenaron, las encrespadas olas empezaron á azotar con furia los costados del Buenaventura, que harto débil para resistir mucho tiempo tan impetuosos y tan repetidos golpes de mar, perdió el palo mayor, luego el timon, despues el trinquete y por último todo el velamen.

—Don Jaime, dijo con calma el capitán al negociante de Barcelona, parece que va á zozobrar el Buenaventura,

dispongámonos, como dicen los marineros, á beber en el vaso grande.

Don Jaime alzó los ojos al cielo y se puso á orar, no por él, que no sentia la muerte, sino por su familia, á la cual era indispensable. En aquel mismo instante un rayo puso fuego al bergantin, una ola destruyó sus costados, y el Buenaventura tuvo la mala suerte de desaparecer en el abismo, para no salir jamás. Don Jaime se quedó sin sentido; cuando volvió en si, se encontró sobre un trozo de mastelero, al que por un instinto natural, se habia abrazado estrechamente; levantó la cabeza y no vió ni capitán, ni oficiales, ni marineros; el buque habia naufragado, solo él vivia. Cobró un poco de ánimo, tendió la vista á su alrededor y como la tempestad habia cedido, distinguió á corta distancia un buque que pudo aguantar la tormenta mejor que el Buenaventura. Don Jaime entonces se quitó la corbata, con la que empezó á hacer señas, agitando en el aire. Vino un bote á recogerle, y fué conducido á bordo de un buque inglés ante cuyo capitán se presentó en seguida. Despues de haber dicho que era un fabricante catalán, y de haberle contado los pormenores de su naufragio, añadió:

—¿Cuán dichoso soy por haber caído en manos de un pueblo amigo, que me facilitará los medios de llegar á Benarés, de ver á mi amigo Stevenson, y por último de poder volver á ver á mi familia!

—Soy muy filántropo, dijo con gravedad el capitán inglés, y como tal, individuo de la sociedad filantrópica de Londres, la cual me concederá una medalla por haberos salvado la vida; pero al mismo tiempo soy inglés y capitán al servicio de S. M. B. por lo cual no veo en vos sino un perro español. Sois mi prisionero.

—¡Vuestro prisionero! exclamó don Jaime, si estamos en paz....

—Estais equivocado; sois un fabricante de algodones catalán, vais á establecer vuestras relaciones comerciales en la India, y esto es precisamente lo que S. M. B. no quiere tolerar; el algodón y la India son de los ingleses. Ademas acaba de romperse la paz de resultas de la alianza que ha hecho España con la Francia y si vuestro bergantin no hubiera perecido en la tempestad yo le hubiera echado á pique.

El rompimiento de la paz de Inglaterra estaba solo en la cabeza del ministerio inglés, pues no se habia firmado aun el tratado de San Ildefonso, pero los ingleses, segun su costumbre, empezaban las hostilidades antes de declararse la guerra. El capitán filántropo, mandó tratar á don Jaime como á un marinero y que lo empleasen en las maniobras.

—¡Dios me proteja! dijo para si el desventurado fabricante, y me conserve la vida; él sabe cuán necesaria es.

Sin mas naufragios llegaron á Calcuta, magnífica ciudad, poblada de soberbias pagodas y cuyo jardín botánico es quizá el mas hermoso del mundo, segun cuentan los que le han visto. Don Jaime no tuvo esta fortuna; el capitán filántropo que tan lealmente le habia hecho prisionero, le vendió ó entregó á un sike, jefe de una tribu que habitaba en las cercanías de Delhi, á unas cincuenta leguas de los montes Himalaya, el cual le montó sobre un camello y le condujo á su casa. El catalán no podia hablar sino por señas, porque el sike no entendia mas que el indostan, idioma tosco que es una mezcla informe del persa y del samscrit; pasaron al lado de Benarés sin entrar en él, y despues de atravesar por entre los juncuales que sirven de abrigo á los tigres, llegaron á la tribu del sike, compuesta de ladrones que vivian del producto de la caza y de sus rapiñas. El amo de don Jaime, que se llamaba Bessir, y se titulaba rajah, era un famoso cazador, el cual mataba cincuenta ó sesenta tigres al año, y en cuya operacion empleaba á su esclavo del modo siguiente: haciale montar detrás de él, sobre un elefante, y cuando el tigre herido, trataba de atacar á su enemigo por la espalda, la comi-

sion del catalan era la de dejarse manducar por el tigre á fin de salvar al indio; esto no pasa de ser una costumbre como otra cualquiera y cada pais tiene las suyas; don Jaime presenci6 muy buenas cacerías; ya por fin que supo

hablar algo el indostan para poderse explicar, pidió permiso á su amo para escribir á un amigo que tenia en Benarés, el cual le fué otorgado. Escribió, pues, á Mr. Stevenson, pidiéndole encarecidamente que le sacara de la



El rajah Bessir en traje de ceremonia (1).

incómoda posición en que se hallaba, espuesto el mejor día del año á ser engullido por uno de aquellos señores... tigres; todo lo cual, continuaba, tengo que agradecer á la filantropía de un capitán inglés. Con esta carta mandó otras para que las dirigiese á su familia. Un sike fué comisionado para llevar el pliego á Benarés, el cual supersticioso como todos, al ver aquellos caracteres desconocidos pensó que la carta del europeo debía ser un amuleto muy eficaz contra los tigres, y la escondió entre los jun-

cales á la entrada de un sitio muy peligroso; despues en lugar de ir á Benarés ó de volver á casa de Bessir, se asoció con algunos bandidos tales como él, y empezó á cazar tigres por su cuenta. Mientras tanto, el hombre indispensable continuaba ejerciendo su peligroso oficio, no sin salir arañado una vez al menos á la semana por los tigres, á quienes Bessir no daba tiempo de que le hiciesen mayor daño, pues los mataba siempre, gracias á su grande habilidad y destreza.

(1) Debemos á la complacencia de un pariente de don Jaime el retrato del rajah cazador de tigres, tanto mas perfecto cuanto que está hecho por el mismo Mataró durante su cautiverio. La persona que nos ha facilitado el dibujo, nos ha dado tambien los apuntes para esta historia, en la que nada hay nuestro mas que los nombres, la época y el lugar de la escena, que hemos variado por motivos fáciles de adivinar.

El loto, esa planta que hizo olvidar á su cara Itaca á los compañeros de Ulises, y á la que nosotros llamamos nenúfar, crece abundante en la India; pero todo el loto del imperio del gran Mogol, no hubiera hecho olvidar la España á don Jaime. Estaba flaco, y su color era ni mas ni menos que el del membrillo, en fin, se habia vuelto tan completamente diáfano, que no podia servir ni aun para la presa mas insignificante de un tigre. Habiendo

logrado hablar bien el indostan, manifestó á Bessir que conociendo acercarse su última hora, le proponía que le dejase marchar á Benarés en donde le pagaría un buen rescate. Bessir rehusó constantemente, alegando que Mataró le proporcionaba buena suerte. En efecto, hacia dos años que el catalán le acompañaba á la caza y nunca le habían comido los tigres, cosa que jamás había sucedido; pues antes de don Jaime, los tigres costaban al rajah sike un hombre al menos cada dos meses. Sin embargo, como el infeliz se moría por instantes, Bessir se decidió á venderle, y nuestro fabricante bien acompañado, partió para la santa ciudad.

—¡Bendito sea Dios! dijo entre sí, Stevenson me proporcionará los medios de volver á España, donde podré dar á mi familia y á los míos los auxilios que necesitan.

Una idea penosa le atormentaba durante el viage: Stevenson padecía una enfermedad del hígado dos años atrás, por lo que solo le calcularon ocho meses de vida... ¡Ya debía haber fallecido! don Jaime entró temblando en Benarés, porque si el inglés había muerto, si Bessir no recibía por él una buena cantidad de dinero, no le quedaba al desgraciado mas recurso que la muerte, ó volver á los juncales á servir de pasto á los tigres. La Providencia, empero, no abandonó á don Jaime, y á pesar de los pronósticos de la medicina, vivía Mr. Stevenson.

Abrazáronse los dos amigos llorando de gozo; Mr. Stevenson, hombre de respeto y que no era filántropo como el capitán inglés, entregó al momento una crecida suma al jefe sike por el rescate de su amigo, y á este el completo de la enorme cantidad que le debía.

—¡Qué felicidad, decía don Jaime á su amigo, el no haberos muerto! Os veo robusto y colorado, ¿no habeis sufrido una enfermedad del hígado?

—Sí, contestó Mr. Stevenson, pero me curé de ella.

—¿De qué manera habeis...?

—Gracias al remedio soberano, que Dios ha dado al hombre, si, gracias al mercurio.

Los ingleses tienen una gran confianza en este específico que los mata mas bien que cura, pero como los que echa al otro barrio no vuelven á quejarse, aquellos á quienes cura ó al menos á quienes conserva el pellejo, precinchan su esclencia. Mr. Stevenson pertenecía á estos últimos. Escuchó pues, con gran dolor las desgracias de don Jaime, el cual prosiguió:

—Supuesto que no habeis muerto tengo que daros una queja. ¿Cómo no me habeis sacado del infierno en que me hallaba? ¿Porqué no habeis contestado á mi carta?

—No he recibido carta alguna vuestra, contestó Mr. Stevenson.

Era evidente que el sike no había cumplido su comisión, y por lo tanto la esposa de Mataró, estaba sin noticias de su marido hacia dos años y medio.

—¡Válgame Dios! exclamó don Jaime, si no vuelvo pronto á Barcelona, ¿qué será de aquellas pobres gentes?

Mr. Stevenson empezó por restablecer la salud de don Jaime, siguiendo un régimen opuesto al del rajah Bessir, y de allí á poco le acompañó á Calcuta en donde tuvieron que esperar la salida de algun buque holandés, que recibiese á su bordo al indispensable don Jaime, y le condujese á un puerto neutro, pues ya en Europa, podría con facilidad llegar á Barcelona. Tomó letras sobre Hamburgo por la cantidad, no pequeña, que le había entregado Mr. Stevenson y se embarcó en el *Gustawsson*, bendiciendo á los comerciantes ingleses y renegando con toda su alma del capitán de navío de S. M. Jorge III. El *Gustawsson* en nada se parecía al *Buenaventura* y de todo tenía menos de velero, pues invirtió cinco meses largos en llegar á Dinamarca, aunque con la felicidad de no naufragar una vez siquiera. Partió en seguida don Jaime para Hamburgo, á fin de tomar en cambio de las letras de Calcuta, papel sobre Barcelona, y se apresuró á volver á España; le faltaba tiempo para entrar en la Rambla. ¿Qué

iba á ver, santo cielo? Su muger muerta de pena, su hijo entregado á la disipada vida propia de su edad, descuidada la educación de su hija, su fabrica abandonada, sus talleres destruidos, y tal vez su fortuna comprometida; no podía haber sucedido otra cosa, habiendo faltado la mano del que todo lo dirigía, pero afortunadamente se hallaba de vuelta, y con su inteligencia así como con la suma reintegrada por Mr. Stevenson iba á reparar tantas calamidades.

—¡Dios mio! exclamó al descubrir las torres de la ciudad, sino me habeis abandonado enteramente en las desgracias, sino me habeis hecho caer en los mayores precipicios con otro objeto que el de sacarme ileso de ellos, ha sido sin duda, para convencerles de cuanto les soy necesario, indispensable... ¡Gracias, Dios mio, gracias!

No entró en Barcelona hasta muy tarde, luego, como sus papeles no estaban del todo en regla, sufrió algun retardo en la oficina de pasaportes, pues un fabricante que volvía de los montes Himalaya, de Delhi, de Benarés, de Calcuta y de Hamburgo, debía necesariamente en aquella época inspirar cierta desconfianza; mas por fin, muy entrada la noche, pudo libremente dirigirse á su casa. Al pasar por la calle de Gignás reconoció la casa de su amigo Berberana.

—Esceleste amigo, dijo para sí, este buen muchacho estoy casi seguro que durante mi ausencia, habrá consolado á mi muger y á mi hijo. Cuan lejos estará de pensar en la sorpresa que va á tener mañana... cuando le convida á comer.

Al llegar Mataró á la puerta de su casa, salía un criado por manera que no tuvo necesidad de llamar y entró sin que nadie le viese. Se dirigió al escritorio y encontró el tornada la carta lo mismo que tres años antes cuando Azor, su fiel perro la hizo girar sobre los goznes, para abrirse paso y ella; entonces don Jaime la empujó suavemente y entró. Mas, ¡oh prodigio! el libro mayor se halla abierto en su lugar acostumbrado, y el dependiente Lorenzo durmiendo sobre su pupitre. El bueno de Mataró se estregaba los ojos y creía haber soñado su naufragio y su cacería de tigres. Dió la vuelta al rededor de Lorenzo y observó que tenía un magnífico frac de paño francés, cadena de oro con preciosos sellos y alfiler de brillantes.

—¡Hola! ¡hola!, dijo para sí el hombre indispensable; Lorenzo tiene un lujoso tren, según veo, esto no es mal presagio; es una desgracia menos de las que esperaba.

Contento en extremo por haber hallado quien le pusiera al corriente de todo lo sucedido en su casa, tocó en el hombro á Lorenzo para despertarle.

Abrió este los ojos, y se quedó buen rato mirando á don Jaime, el pobre dependiente se puso á temblar como un azogado, perdió el color y quiso levantarse para huir, pero no pudo y cayó asustado sobre su silla.

—¡Dios mio! exclamó, apiadaos de mí! ¡Es la sombra del señor de Mataró, mi antiguo...

Don Jaime no le dejó acabar, y tomándole de la mano le aseguró que nada tenía de sombra ni de fantasma.

—Tranquilízate Lorenzo, soy yo, Mataró, tu principal, que vuelve al fin para consolar á su familia.

—¿Sois vos señor? respondió Lorenzo cuyo terror físico se disipó para dar cabida á otro de distinta especie, vos á quien creíamos muerto hace mas de tres años, vos que según se dijo perecisteis en el *Buenaventura*?

—Sí, amigo, el *Buenaventura* se perdió completamente con el cargamento, pasajeros y tripulación, todo pereció menos yo, á quien una mano poderosa me salvó la vida para no privar á mi familia y á mis trabajadores de su único apoyo.... Ya te referiré despues mis aventuras, ahora dime....

—¿Qué desgracia para la señora! exclamó Lorenzo dándose un golpe en la frente.

—Cierito que hubiera sido una desgracia para mi mu-

ger; pero gracias á Dios ya me tiene otra vez á su lado.

—¡A su lado!!!, repitió Lorenzo estupefacto.

—¿Cuándo recibisteis la noticia de mi muerte? preguntó don Jaime.

—Poco después de dos meses de vuestra partida.

—Entonces, todos os creíais perdidos?

—Nosotros, no señor, á vos es á quien creímos perdido.

—Muy cerca he estado de ello; pero mi pobre muger....

—¡Oh! es preciso hacerla justicia, repuso Lorenzo, ha experimentado una verdadera aflicción, ha llorado mucho por vos.

—Seguro estaba yo de ello. ¿Y mis hijos?

—Mucho os han sentido: el cariño que os profesaban era verdadero y grande. De vuestros trabajadores nada se diga, y en cuanto á mí....

—Lo creo, Lorenzo, estoy persuadido de que mi pérdida era la vuestra.

—¿Por qué, señor?

—¿No era yo el alma de esta casa? ¿el eje en que todo estrivaba? ¿el hombre indispensable, en fin?

Lorenzo aunque conoció perfectamente lo grave de la situación, no pudo contener una sonrisa que incomodó á don Jaime.

—¿Qué niño soy en perder tanto tiempo charlando con este pobre Lorenzo! vamos á llevar á mi muger la dicha y la felicidad.

—¡Señor! ¡señor! gritó Lorenzo agarrándole por el leviton.

—¿Qué es esto! vamos, habla, ¿está enferma mi muger? ¿Ha muerto? ¿Qué desgracia tienes que anunciarme?

—Un instante, señor, un instante.

—Espícale, Lorenzo, acaba.

—Señor, recibimos tres años há, la noticia de vuestra muerte; por el mismo ministerio de Marina se nos espació vuestra fé de muerto.

—Bien, ¡y qué mas!

—¿Os acordais de vuestro amigo Berberana?

—Mucho; hace diez minutos he pasado por delante de su casa... y á propósito mañana irás de mi parte á convidarle á comer conmigo,

—Ha llorado mucho con vuestra esposa por vos.

—Lo creo.

—En diez y ocho meses no se han ocupado sino de vos, y...

—¿Y qué? dijo don Jaime, cuya frente empezaba á nublarse.

—Y como se apreciaban mucho ambos á dos, este aprecio, degeneró en amor, y se han casado á fin de poderos llorar mas tiempo juntos.

—¿Se ha casado mi muger?

—Con vuestro amigo Berberana.

—¡Y yo pensaba que se moriría de dolor!

—Pero, señor...

—A lo menos, Lorenzo, dijo don Jaime interrumpiéndolo á su dependiente, ya habrá notado la diferencia que hay entre un marido como yo y Berberana, que, al cabo....

—Os aseguro que la hace dichosisima, señor, es el matrimonio mas unido que puede haber. Berberana se ha puesto al frente de la fabrica....

—¿Cómo! Berberana ha podido explotar mi privilegio esclusivo? ¿Ha sabido sostener á mis trabajadores?

—Yo lo creo, señor, ha duplicado el número de ellos y ha simplificado las máquinas, por lo cual le han concedido otro privilegio de perfección.

—¿Y mis trabajadores? preguntó don Jaime, que, sentado sobre su antiguo sillón del que entonces se servía Berberana, acababa de ver desaparecer su mas grata ilusión, ¡y mis trabajadores?

—El señor de Berberana les ha aumentado el jornal y disminuido las horas de trabajo. ¿Sabeis, señor, que en el día hay en la fabrica doscientos operarios mas que en vuestro tiempo y que se trabaja mejor?

—Y mis pobres hijos, á los que no ha temblado su madre en darles un padrastro, ¿qué es de ellos?

—El señor de Berberana, respondió Lorenzo, les quiere entrañablemente; don Antoñito está interesado en los negocios y dirige los operarios, por cierto que ayer mismo me decía el señor de Berberana que este jóven era una mitad mas rico que cuando vos partisteis.

—¿Y mi pobre Agueda? prosiguió don Jaime.

—Os ha llorado como los demas y como ellos se ha consolado al fin. El dolor no dura toda la vida. Está casada.

—¿Casada?

—Sí señor.

—¿Y bien?

—Sin duda alguna. ¿Conociáis al señor Alberto?

—¿Un banquero muy rico, que deberi atener sobre unos cincuenta años?

—Vuestra hija está casada con un hijo suyo.

—A disgusto de ella tal vez, habrán quizá violentado su inclinación....

—Todo al contrario, señor; vuestra hija amaba hacia ya algun tiempo al jóven hijo del banquero, y en el día es completamente dichosa.

Confuso, el buen don Jaime, bajó la cabeza y en seguida miró á Lorenzo con desesperación, diciéndole:

—Pero tú, cuando menos, pobre amigo, habrás atrasado en mi ausencia, pues aunque te veo equipado con lujo, esto tal vez lo deberás á alguna herencia....

—Nada de eso; yo he seguido la progresión ascendente de la casa; el señor de Berberana me ha recompensado hasta los servicios que os había prestado á vos, y me ha dado una pequeña parte de interés en la fabrica, de modo, que como los negocios marchan viento en popa, este pequeño interés me produce una buena renta.

—¿Es posible! ¿Conque ni aun para tí he sido indispensable?

—Para maldita de Dios la cosa, contestó sencillamente Lorenzo.

En aquel momento se abrió la puerta del escritorio y Azor, el vigilante guarda de la casa, entró venteando y como receloso. Cuenta Homero, que el fiel perro de Ulises, murió de gozo al volver á ver á su amo. No sucedió así con Azor, el cual, ganando por el buen trato que le daba Berberana, y persuadido de que el verdadero amo es el quedá de comer, enseñó los dientes á don Jaime gruñendo sordamente.

—¡Azor! ¡Azor! dijo Mataró.

Pero Azor, sin hacer caso, mostraba disposiciones poco pacíficas hacia su antiguo amo. Por lo demas, Azor estaba gordo, y su lustrosa piel denotaba que nada había sufrido durante la ausencia del hombre indispensable.

—¡Ni aun mi perro! gritó furioso don Jaime; Lorenzo, anda á prevenir á mi esposa de mi llegada.

—¡Vuestra esposa! contestó el despiadado Lorenzo, querreis decir la del señor de Berberana.

—¿Pues que, mi esposa ya no lo es?

—¡No, ciertamente! La señora viuda de Mataró, se ha casado legítimamente... ¡Ah! ¡qué desgracia el no haberos muerto! ¡Qué vergüenza! ¡qué escándalo! cuando se sepa que la señora tiene dos maridos, que está casada al mismo tiempo con el señor de Mataró y el señor de Berberana...! ¡Ah! señor, continuó Lorenzo, animado por el abatimiento en que había caído don Jaime, ¿creéis que vuestro hijo se alegrará de vuestra resurrección? digo resurrección, porque para todos nosotros es como si hubiérais resucitado. Está disfrutando ya vuestros bienes, los cuales sera necesario que os devuelva, y esto, como podeis conocer, á nadie le agrada. Dejando á un lado la señora de Berberana, que será el objeto de la crítica general, cuánto disgusto no ha de

causar á vuestra hija y á su marido, los cuales se verán también obligados á devolveros vuestros bienes y de los que están disfrutando desde su casamiento...! ¡Ah! ¡qué desgracia, repito, es la de que no os hayais muerto!

Convencido de la verdad de cuanto le decía Lorenzo, exclamó don Jaime:

—¡Dios mío! me habeis castigado precisamente, por donde he delinquido; me creía indispensable, y no solo es á la inversa, sino que mi regreso ó mi resurrección, como

la llaman, es perjudicial á todos. Lorenzo, parto para no volver jamás; cuidado con que digas á nadie que existo.

Al decir esto desapareció acompañado de los gruñidos de Azor.

Lorenzo guardó el mayor silencio sobre esta aventura, la que casi tuvo por una pesadilla, por la circunstancia de haber sido despertado bruscamente de su sueño y la de ser la muerte de don Jaime un hecho consumado.

Don Jaime salió de Barcelona al día siguiente y fué á



Don Jaime Matarró; y Lorenzo.

refugiarse en Harlem en donde se hizo pasar por su antiguo amo, el rajah Bessir. Un trage sike y el idioma indostan que hablaba con perfección, le ayudaron á sostener esta falsedad; con las sumas devueltas por Mr. Stevenson se creó una buena renta y compró una linda posesión en la que se dedicó á cuidar de sus tulipanes y nenúfares. Al cabo de un año recibió la noticia de haber muerto su amigo Berberana, y entonces escribió á su mujer á fin de impedirle el que tuviese un tercer marido viviendo aun el primero. La desolada mujer que se creía viuda segunda vez, se fué á Harlem para reunirse con su querido Matarró. Iban sus hijos á verlos, de cuando en cuando, y el

antiguo fabricante conoció al fin por una dolorosa experiencia que nadie hay indispensable en este mundo. Hará unos diez años que se leía en los periódicos lo siguiente:

«Acaba de morir en Harlem una persona notable; el rajah Bessir, príncipe sike, despojado por los ingleses de sus vastos estados que se extendían desde la ciudad de Delhi hasta los montes Himalaya. El rajah Bessir, estaba casado con una española llamada la viuda de Berberana á quien ha dejado su inmensa fortuna.»

Don Jaime Matarró era quien había muerto.

M. y M.